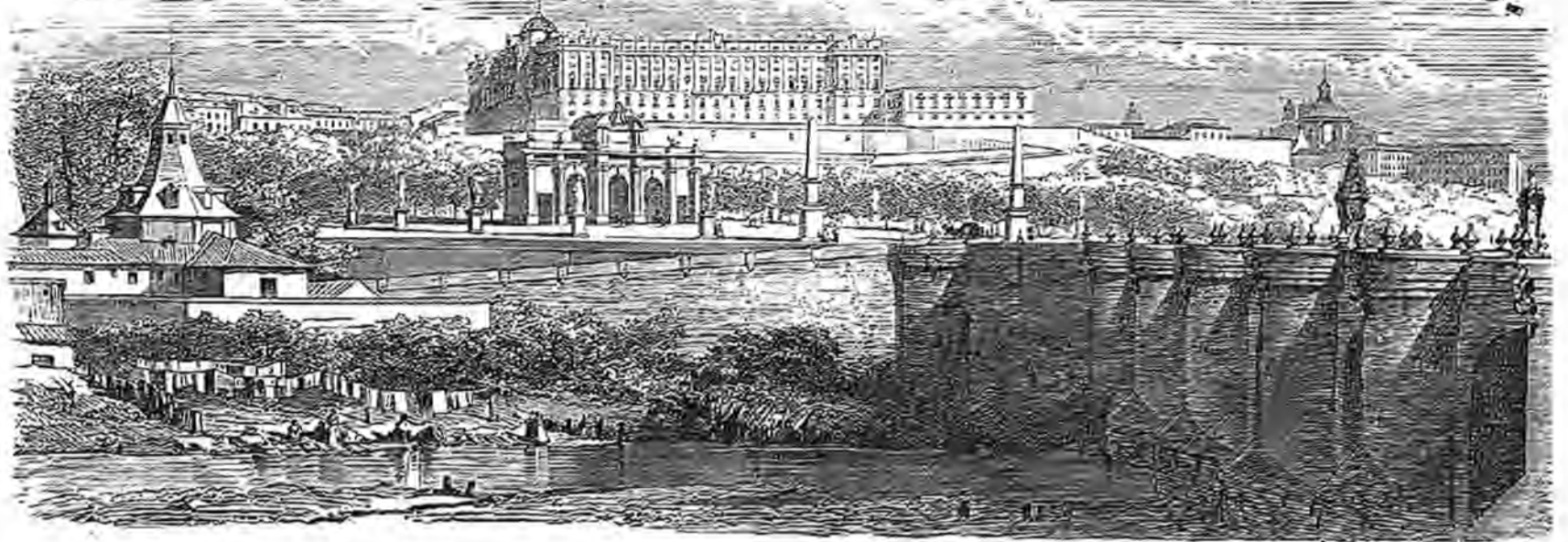


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE JUNIO DE 1870.

NÚM. 11.

SUMARIO.

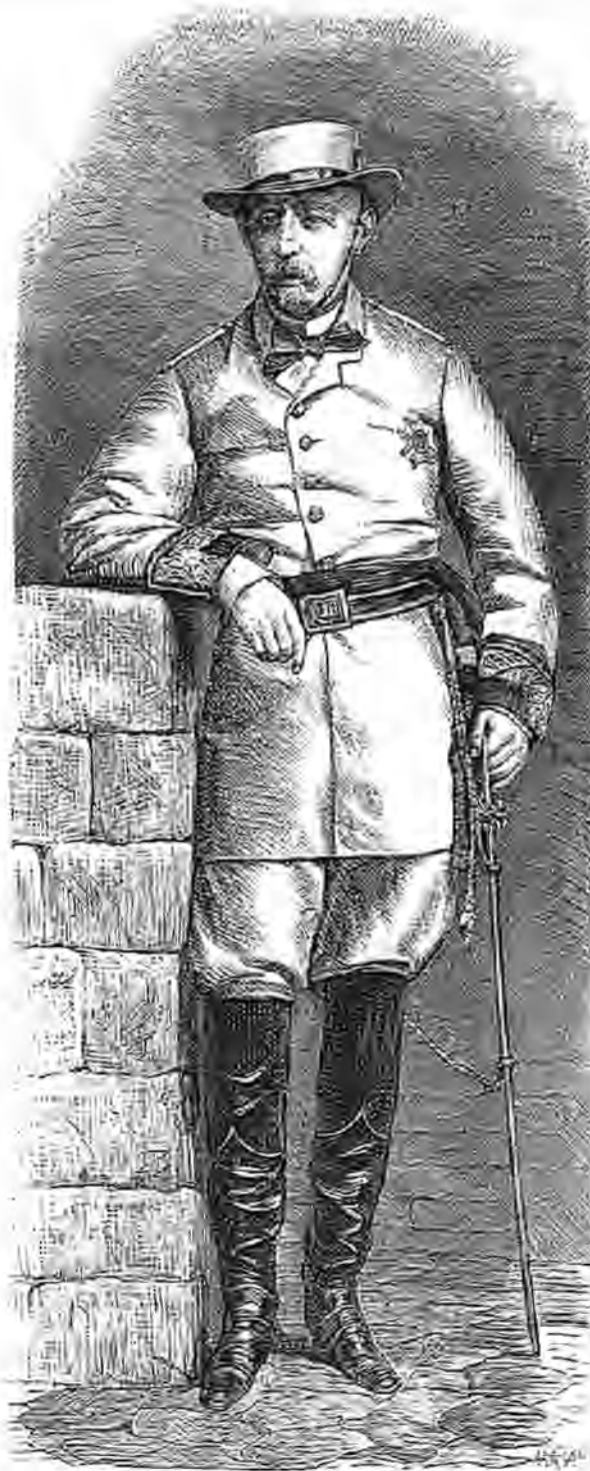
TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Lisboa en 1870, por East.—De las competencias políticas para designar monarca en Aragón en el siglo XV (continuación), por D. Florencio Jander.—Relaciones y armonías entre la naturaleza de los idiomas y el carácter de los pueblos (continuación), por D. Narciso Campillo.—Reina y cautiva. Romance traducido del portugués, por D. Vicente Barrantes.—El ciego. Cántiga traducida del portugués, por el mismo.—Unos naufragos del siglo XVI, por D. Gaspar Nuñez de Arce.—Moneda corriente. Viaje á través de algunas preocupaciones españolas (continuación), por don Luis de Eyzola.—Los voluntarios cubanos, por D. F. de Laiglesia.—En el cuerpo de un amigo. Novela diabólica (continuación), por D. José Fernandez Bremon.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Jander.—Don Manuel Silveira, por E.—El teniente general don Antonio Caballero de Rodas.—Monumento erigido en Bilbao para perpetuar la memoria de sus heroicas defensas durante la última guerra dinástica.—Circo de Madrid. Decoración y escena del primer acto de «Mignon», por E.—Don Domingo Golcúria.—Don Rafael Clavijo, por D. L. de Mariátegui.—Secreto de muerte, poesía, por D. J. Morales.

GRABADOS.—El general de ingeniería D. Rafael Clavijo, inspector de los voluntarios de Cuba, dibujo del Sr. Torres.—Monumento erigido en Bilbao para perpetuar la memoria de sus heroicas defensas durante la última guerra dinástica, fotografía remitida por D. Eduardo de Martia Peña.—Don Manuel Silveira, fotografía de Lasrent.—Decoración pintada por el Sr. Ferrer para el acto primero de la ópera «Mignon», dibujo del Sr. Pradilla.—Don Antonio Caballero de Rodas, actual capitán general de la isla de Cuba, dibujo de D. Alfredo Pareja.—Estación de Santa Polonia en Lisboa, dibujo del Sr. Pradilla.—Don Domingo Golcúria, remitido por D. Patricio Landabue.

ECOS.

Si nos encontrásemos en los tiempos del coche de colleras, de aquel edificio de madera difícilmente arrastrado por dos ó tres mulas cubiertas desde la oreja á la cola como de una erupción de campanillas, yo sé bien que nadie pensaría en que su salud estaba fuera de su patria.

Pero desde que un génio, observador por instinto y caminero por afición, descubrió en el tubo que salía de las ollas del hogar doméstico una fuerza misteriosa é incontrastable, el alma de la locomotora, y desde que la humanidad marcha á la grupa de un caballo de hierro y sobre un pentágono de rails, nos ha sido revelada la superioridad salutar de todos los manantiales que no nacen en nuestros campos, y de todas las brisas que suspiran entre la frondosidad de extraños países.



EL GENERAL DON RAFAEL CLAVIJO.

Todos los seres de la creación salieron de manos del Hacedor perfectos é inmejorables, á excepcion del hombre. Dios cogió un poco de barro, hizo un muñeco, le animó con un soplo, y poniéndole de piés sobre la tierra, le dijo: *perfeccionate por tí mismo.*

Y en efecto, nos vamos perfeccionando. El salvaje no es más que un boceto de hombre. Su mano tiene sólo cinco dedos, sus piés no saben andar sin cansarse, sus ojos únicamente distinguen los objetos á cortas distancias, se mantiene con caza y frutos silvestres, se viste de hojas, y se casa sin que le lean la epístola de San Pablo.

El hombre de la civilización tiene mejor hechura y mayores facultades. Levanta un peñasco sin más que dar impulso á una palanca, calza locomotoras, sus ojos registran las profundidades del mar y las manchas del sol, se alimenta toda una semana con una sola cucharada de extracto de carne, ha sustituido con un sólido traje de lanilla el vestido de hojas, verde á la mañana, seco á la tarde, del hombre prehistórico, y no sólo se casa, previa la citada epístola, sino que se divorcia apesar de ella. Pero el hombre del siglo XIX no ha podido aún perfeccionar su salud, y necesita hacerlo: no encontrando la que disfruta al nivel de sus adelantos, se lanza por caos mundos con su blanco paraguas y su yelmo de castor; monta en los trenes, cruza túneles, atraviesa fronteras, y descarrilla, si es preciso, y por fin se detiene en un puerto que él cree de salvación y suele ser únicamente un puerto de mar. Después de todo esto se da con gran fé sendos baños de agua salada. Es un sistema de higiene muy lógico. El mismo que se emplea con los pepinos para quitarles la malicia.

Madrid en esta época parece una ciudad apesada. No ya la sociedad elegante, la clase media acude á la estación del camino de hierro y se dirige al Norte como una inundación. La sombra de Roldán que vela en los Pirineos por la seguridad de la Francia, tiembla todos los años cuando ve desde su atalaya que se entra media España en tierra de Carlomagno. Acaso el héroe aplastaría indignado á los invasores bajo el peso de algun peñasco; pero más prudente que solía serlo en otro tiempo, deja la venganza á cargo de los fondistas.

Quién se queda en alguno de los cien valles de los Pirineos: quién se dirige á Suiza, buscando la poética sombra de una casa rústica, manteniéndose, al uso de las églogas, con manteca y leche de vacas: quien á Vichy, cuyas aguas prueban tan bien á los

diplomáticos y á los hombres de gobierno: quién por fin á *Baden Baden*, sitio el más favorable para perder el dinero en verano y con elegancia; casa de juego á cuyos alrededores pasean, mendigos hoy, los millonarios de la víspera.

Otros, séres desgraciados que tienen poco metálico, se ven obligados á seguir el impulso de la moda, y por no confesar el hecho vergonzoso de que disfrutaban una salud á prueba de bomba, se despiden para Carabanchel ó Getafe, ú otros pueblecillos cercanos á la corte, donde toman agua de la fuente del lugar y un sol de cuarenta grados. ¡Dios les premie su buena intención, que bien á las claras demuestran el firme propósito de dejar en tales sitios la salud que les estorba!

En beneficio de los que no pueden salir de Madrid en esta época, ha dado el Alcalde primero un bando, dictando las reglas que deben tenerse en cuenta para el establecimiento de los baños del Manzanares.

Gracias á esta limosna de agua, distribuida escrupulosamente por el Ayuntamiento, los horteras, las amas de huéspedes, las fámulas y los soldados de la guarnición, gentes todas poco afeetas al agua, se certioran de que pueden lavarse el cuerpo sin funestas consecuencias para su individuo.

¡Si los baños de vino no fueran tan caros, nadie buscaría la salud y la robustez en los de agua! decía un doctor, aficionado sin duda al mosto.

Tentado estoy de creer, en efecto, que si las grandes sumas que se han gastado y gastan en hacer acueductos, cañerías, depósitos y fuentes se hubieran invertido é invirtiesen en plantar cepas, ménos raquítica andaría la humanidad y ménos doliente.

Un baño de agua generalmente debilita; pero, ¿creéis que os sucedería otro tanto con un baño de Valdepeñas?

Y cuenta que según los facultativos dicen, hay enfermedades en las que están indicados los baños de aquel néctar.—Sin duda que la hipocondría será una de ellas. Por muy triste que se meta Vd. en una tina de peleon, á los quince minutos abraza Vd. de alegría al mismo cosechero.

¡El agua! ¡No me hable Vd. del agua, exclamaba el doctor antes citado. ¡Una sustancia que no tiene olor, color ni sabor! ¡Y es posible que haya quien defienda esto! El gran argumento en favor del agua es el de que contribuye á la fecundación de los campos. No sé cómo les sentaría el vino á las flores de mi jardín.—Mal acaso, ¡un cuando al jardinero le sienta muy bien; pero creo, creo, sin embargo, que para todos los usos que tiene el agua, podría utilizarse el vino. ¡Llene Vd. de champagne la caldera de una locomotora; encienda Vd. el hornillo, y verá usted partir la máquina como una bala de cañon que pasa lamiendo los rales!

Si adoptar yo esta parecer, haré por mí cuenta una observación que indirectamente favorece al vino.

El agua es un reo de grandes crímenes. Ella se traga los navegantes y las armadas. Ella cubre el sepulcro de millones de áeras humanas. Ella se ha tragado cien pueblos. Ella, ganando terreno sordamente, un día y otro, sobre la tierra, concluirá por devorarla.

¡Se encuentran tales hechos en la historia del zumo de las vides!

El vino es básicamente inofensivo; sólo cuando el hombre abusa de él, se permite perjudicarlo.

Recuerdo, sin embargo, un hecho en que el vino realizó por sí mismo un crimen. Hace años que algunos vendimiadores se cayeron dentro de una tina de vino... Al otro día se los encontraron convertidos en biscochos borrachos.

Verdad es que á favor del agua milita una consideración que debe rebajar mucho la vanidad del mosto. Y es que, por falta de agua, se pierden los sarmientos y con ellos el vino.

He leído en un periódico que desde que apareció el decreto del rey de Grecia, ofreciendo 20.000 dracmas por la cabeza de *Taca-Aranita-hi*, jefe de los célebres bandidos de Marathon, han sido presentadas al ministro del Interior de aquel reino siete cabezas.

Lo raro del caso está en que ninguna de ellas es la del jefe susodicho.

Hay que confesar, sin embargo, que sería más raro aún el que hubieran sido cuyas las siete.

El periódico en cuestión añade que el ministro no se ha dejado coger en el lazo.

Efectivamente, los que se han dejado coger en él, han sido los descabezados.

La siguiente escena pasa en el despacho del ministro del Interior de Grecia.

Acaba de llegar un campesino que trae un bulto debajo del brazo.

—¿Qué hay? pregunta el ministro.

—Aquí traigo la cabeza de *Taca-Aranita-hi*, excelentísimo señor.

—Veamos... Pero... ¡si esta es la cabeza de un hombre rubio y *Taca-Aranita-hi* es moreno!

—Conque, ¿no es ésta?

—¡Ni por asomo!

El campesino va á salir del despacho, y el ministro le detiene.

—Oiga Vd., le dice, antes de cortar la cabeza á otro... procure Vd. conciliarle.

¡Veinta mil dracmas por la cabeza de un criminal! se habrá dicho algún griego descendiente de los siete sábios, ¡20.000 dracmas! ¿Qué va á dar entonces esta gente por la cabeza de un hombre honrado?

Debo alzar mi voz contra un abuso escandaloso.

Ustedes habrán visto que la moda perruna es llevar el bozal colgado del cuello á manera de condecoración ó babero.

Protesto: un bozal así colocado, no es un bozal; es un *sejima*.

Cuando á horas avanzadas de la noche cruzamos por calles desiertas y de pronto vemos que dos bultos se destacan en la sombra y avanzan á nuestro encuentro, acaso nos encomendamos á Dios mentalmente. ¿Qué vamos después en ellos, sin embargo, que nos tranquiliza por completo?

Hemos visto que aquellos dos bultos llevan tricordio. Son dos guardias civiles. Seguimos nuestro camino y pasamos á su lado sin temor ni zozobra.

Y es, que en estos casos, el tricordio de un guardia civil es el mejor calmante para los nervios.

Pero á veces, ¡oh dolor! el uniforme es sólo la capa de oro que cubre el amargo corazón de la píldora, y la confianza que nos infunde el vestido de la justicia sólo sirve para que mejor nos arrebatén el nuestro los ladrones!

Esta lamentación viene de molde á cierto recaudador de la Hacienda de Méjico, al cual le ha robado la escolta que para su seguridad llevaba, dejándole en mitad del camino sin dinero, sin camisa... y lo que es más doloroso bajo el punto de vista filosófico... ¡sin ilusiones!

Caballero en un velocípedo, sobre una cuerda, y á gran altura del suelo, Mr. Blondin atraviesa la plaza de los Campos Elísios.

Cada cual elige el vehículo que mejor le parece para irse al otro mundo. Quién se va en coche, quién á caballo, quién en bota, quién en un tren de recreo... Monsieur Blondin quiere irse en velocípedo.

Ha muerto en París el célebre autor dramático Bouchardy, que ha dado su nombre á un género del arte francés.

Obtuvo con sus obras grandes efectos escénicos... y también grandes silbas.

Mucho tiempo antes de su muerte experimentó un gran disgusto de familia. Vió morir su... género.

No sin cierto desagrado consignó aquí los siguientes datos estadísticos:

En Abril último han fallecido en Madrid 1.149 individuos.

Han nacido en igual espacio de tiempo 1.052.

Madrid, por lo tanto, según mi cuenta, sólo ha perdido en un mes 97 habitantes.

Apesar de que este déficit se repite con frecuencia, la población no decrece.

Esto consiste, claro está, en que á los forasteros les es más fácil morir que nacer dos veces.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

LISBOA EN 1870.

I.

La prensa francesa, diestra como pocas en especular con los sucesos de actualidad, aprovecha el interés producido por la unidad de Italia, la confederación de la Alemania del Norte y la reconciliación del Austria y la Hungría, para publicar una *Carta de Europa en el siglo XX*, que fijaba la capital de España en Toledo, la de Europa en Viena y la del mundo en Lisboa.

No hay para qué recordar aquí lo que, según el utópico folleto que acompañaba á la *Carta*, significaba esa capitalidad universal; pero conviene á nuestro propósito no olvidar los motivos en que fundaba la elección: «Lisboa, decía, está á igual distancia de las dos Américas, al final de nuestro continente, que no es más que una continuación del de Asia, próxima á Africa y casi tan cerca de las demás capitales de Europa. Examínese un poco el globo terrestre y se reconocerá enseguida que no hay ninguna ciudad á que pueda llegarse más fácilmente desde todos los puntos del mundo.»

Á esta ventaja de una centralidad incomparable, reconocida en aquel escrito, llevo por otra parte de paradojas, Lisboa reúne una situación tan excepcional, que sólo Constantinopla puede oponer á la majestad del Tajo la magnificencia del Bósforo; una temperatura pocos inviernos inferior á 7 grados, pocos veranos superior á 27, es decir, una primavera perpétua*; un cielo azul y una atmósfera trasparente, junto con una vegetación privilegiada en que se desarrollan las plantas de las más opuestas zonas; una extensión de más de legua y media desde Pozo de Obispo á Paso d'Arcos; una población de 300.000 habitantes; una belleza en la mezcla desordenada de monumentos y de épocas, en la irregularidad de ciertos barrios y en la uniformidad de otros; una fisonomía material tan llena de originalidad y una poesía en la composición de tintas fuertes y suaves, con que se deslucen los perfiles de los edificios colocados en anfiteatro en las vertientes de altas colinas, que para juzgar del efecto que produce el cuadro general de Lisboa, con las masas de luz y sombra que armonizan los grupos de casas y de arboledas alternadas, no conocemos otro medio que contemplarle.

Acompañamos en esta opinión todos los viajeros que han gozado de él, entre los cuales claro es que apenas aludimos á nuestros compatriotas, cuyo contingente para el ferro-carril internacional es de seis viajeros por día, término medio; porque los que periódicamente, como las golondrinas, hacen todos los años viajes obligados á Bayona, nunca cesan en la tentación de conocer la más extensa ciudad de la península; los que de un pueblo de pescadores han hecho con su dinero lo que hoy es Biarritz, jamás acuden á playas donde podrían bañarse hasta principios de Noviembre; los que tienen costumbre de recorrer á Francia, Italia, Inglaterra y Alemania, nunca sienten curiosidad de visitar á Portugal.

No nos acompaña la pretension de despertarla con estos artículos; pero aspiramos al ménos á llenar con ellos el vacío elocuentemente se nota (aquí donde tanto se ha escrito acerca de ciudades mucho ménos importantes), no ya de un libro, sino de una serie de apuntes que den siquiera alguna idea de Lisboa.

Escasas y no buenas como debieran serlo las comunicaciones con Portugal, aún tienen la ventaja de brindar para ir á su capital con dos vías marítimas desde Cádiz y Málaga, en cuyos puntos tocan excelentes vapores de la compañía Peninsular; con un servicio diario de diligencias desde Tuy y Vigo y con un ferro-carril más ó ménos directo, pero lo bastante al fin para que, sin cambiar de coche, ni aun de asiento, se pueda, á fuerza de trazar zig-zags, trasladarse desde la estación de Atocha á la de Santa Polonia.

No son ciertamente las bellezas del camino las que recomiendan el viaje; ofrece muchas cualquiera vía que se elija para salir de Madrid, contando entre ellas la del Norte hasta atravesar el Ebro!

Pasado Aranjuez y entrando en los áridos desiertos de la Mancha, sólo evocando algunos recuerdos puede llevarse con paciencia la monotonía de las ingratas y

* Resultado de observaciones en los años 1855 al 61, según el *Anuario del Observatorio del Instituto de Lisboa*.

	TEMPERATURA MÍNIMA.	IDEA MÁXIMA.	HUMEDAD MEDIA.	DIAS DE LLEVI- A.
Invierno...	5,27	12,71	20,17	20,4
Primavera...	10,22	17,21	18,10	31,4
Estío...	16,27	22,21	14,12	28,1
Otóno...	10,27	16,22	18,12	31,5
Año...	11,25	19,27	18,01	31,6

despobladas llanuras de Alcázar de San Juan, que ha disputado á Alcalá de Henares la gloria de haber servido de cuna al príncipe de los ingenios españoles, cuya sombra parece que desde ese punto se complace en acompañar largo trecho al viajero.

Allí cerca fué la aventura de las aldeanas y el encanto de Dulcinea, cuya patria, el Toboso, se alcanza con la mano; llegase pronto á la de D. Quijote, al lugar de cuyo nombre no quiso acordarse el inmortal creador de aquel héroe; no lejos está el sitio, y acaso la venta, en que fué armado caballero, y el teatro de la aventura de los molinos de viento, y Manzanares, donde ocurrió la del cuerpo muerto, y Daimiel, el campo de batalla contra los ejércitos de ovejas y carneros, y Almagro, donde don Quijote se armó con el yelmo mamburino á costa del barbero, y Miguelcurra, el sitio de la aventura de las batanas: todo el campo de Montiel y parte del de Calatrava son los sitios en que se desarrolla la más ingeniosa de las fábulas, el suelo en que dejó impresos sus huellas aquel pobre escritor, tan desatendido en vida como glorificado por la posteridad universal. Ningún libro más apropiado que el de Cervantes para leer en el viaje á la patria de Camoens; su encanto permanente todavía crece sobre el terreno en que se imaginó, que de árido se convierte así en ameno y entretenido.

Si el lector se alimenta de recuerdos históricos, ocasión le presentan las ruinas del castillo de Marcos, en cuya inmediación tuvo lugar hace seis y medio siglos la famosa batalla con el ejército de Almanzor; si quiere apreciar lo que en España son las residencias balnearias, que más propiamente debieran llamarse penitenciarias de enfermos, tienda una mirada por Puertollano; si desea conocer las ricas cordilleras de Almadén, no tiene más que asomarse á la ventanilla hasta llegar á Belalcázar y entrar en Extremadura; si no es indiferente á la memoria de un varón ejemplar, de un sacerdote evangélico, de un tipo de virtudes, de un modelo de ciudadano, de un hombre de ciencia profunda, de un mártir venerando, ocasión tiene, al pasar por Cabeza del Buey, de saludar la cuna de Muñoz Torrero.

No se deje engañar en Almorochos con la promesa falaz de que hallará almuerzo en una barraca situada á la diestra mano; dudamos al pasar por Castuera y Campuñario, si se le permite el vergonzoso chuncho de mendigos de afición que rodearán el tren, y no despierte hasta que, entrando en las ya más tolerables y risueñas llanuras de Villanueva de la Serena, D. Benito y Medelina, la patria de Hernán-Cortés y el teatro de una de las más memorables batallas de la guerra de la Independencia, se acerca á las imponentes ruinas de Mérida, y el punto colosal á la izquierda y los restos del acueducto á la derecha, le conviden á pensar en la grandeza del pueblo rey, que sembró el mando de obras gigantescas con las cuales no ha podido acabar la acción destructora de los siglos.

Sin cosa que da notar sea, se da vista á una población, considerable, de no buen aspecto, desahada de arbolado, no sabemos si para no estorbar la acción de los rayos de un sol abrasador, ó para no impedir la defensa de una plaza de guerra completamente inútil; aquello que se ve á media legua de la estación, es Badajoz. La aduana se encarga de advertir al viajero que va á concluir España y á empezar Portugal; aviso saludable, si no cómodo, porque sin aquella frontera fiscal sería difícil estar en la cuenta de que allí terminaba una nación y empezaba otra.

Apénas se sale de Badajoz, cuando á la izquierda de la línea férrea, á la falda oriental y cerca de la cumbre de una gran escarpación de terreno, se distingue una pequeña y linda ciudad de blancas casas, á cuya estación se llega sin atravesar el más modesto río, ni la más humilde cordillera de montañas: es Elvas, la primera plaza de guerra de Portugal y, en este concepto, una de las ciudades verdaderamente históricas de la Península.

Tal como se halla organizado el itinerario de los trenes, mientras se pasa por las estaciones de Santa Eulalia, Assumar y Portalegre, va cayendo la noche; precisamente en el único trozo del camino de Madrid á Lisboa que por su amenidad compensaría lo ingrato del resto, y cuando comienza á ser delicioso, cuando la belleza del campo denuncia la vecindad del Tago, cuando se atraviesa el gran puente desde el cual se contempla de día un espléndido panorama, caminando por entre tinieblas, se llega al *Estacionamento*, estación donde empalma la línea de Oporto.

Desde allí apenas hay interrupción en la serie de casas de campo y jardines tendidos á los dos lados de la vía, á la margen del admirable Tago, de aquella inmensa llanura de agua, en cuya opuesta orilla se descubren á los rayos del sol naciente montañas y poblaciones, hasta llegar á la santuosa estación central de los caminos de

hierro del Este y Norte, digna antecámara de una gran ciudad.

Allí dejaremos al viajero rodeado de confesionistas de los hoteles que se disputarán la prosa; si quiere ir á los más famosos, déjese conducir al de Braganza ó al Central; si quiere alojarse cómodamente sin gastar mucho dinero, váyase al Universal ó al de Alianza; si quiere seguir nuestro consejo, huya de las hospederías y de los hoteles llamados españoles, y su cuerpo y su bolsillo nos lo agradecerán.

Rosl.

DE LAS COMPETENCIAS POLÍTICAS

PARA DESIGNAR MONARCA EN ARAGON

EN EL SIGLO XV.

(Continuación.)

IV.

La previsión del Parlamento de Barcelona, su entereza y buena fe, su actividad, y sobre todo su deseo de conservar agrupados bajo el estro de Aragón todos los estados y provincias que componían aquella monarquía, fueron excelentes medios para neutralizar las ambiciones de unos, el descontento de otros y el desasosiego de tantos, á vista de tan grave situación política. Pasieron á este fin los diputados catalanes el mayor empeño en mostrar igual justicia é imparcialidad respecto de cada uno de los pretendientes á la corona, sin lastimar los derechos que cada cual alegaba, y para quitarles entre sí todo motivo de querrela, invitóse al conde de Urgel para que dejase el cargo que en Aragón ejercía, si bien no de todos obedecido, de gobernador general ó lugarteniente del reino. Con lo crítico, inesperado y nunca visto de los sucesos, encendíase de nuevo las rivalidades de los magnates, que eran muchos los que entre sí las abrigaban, faltos de la respetable sombra de la majestad real, y los pueblos también despertaban sus mal encubiertos rencoras. En balde se apaeiguaban, merced á la elevada influencia del Papa Benedicto que se aposentaba en Zaragoza, las parcialidades de los Lunas y Urreas, firmando solenne tregua por tres años; en balde los partidos de los Sayas y Llanas de Calatayud deponían las armas, dando oídos á los consejos de paz los divididos magnates de Pallars, de Urgel y del Ampurdán; porque tarde ó temprano corrían á las manos los partidos que en Valencia, en Cerdeña y aun en Sicilia consumían las fuerzas en estériles luchas. Acudía á todo, con solícito afán, el Parlamento de Barcelona, amenazando á los revoltosos, acallando las demandas de los pretendientes al solio vacante, y recibiendo con gravedad y cortesía las alegaciones que en favor propio hacían los diversos príncipes. Temían no pocos que siendo Cataluña fuerte y previsora, teniendo las armas en la mano y de acuerdo sus prohombres en cumplimentar los deseos del rey difunto, que no expresó otros sino que se diese la corona á quien correspondiese de justicia, podría imponer su voluntad á los aragoneses y valencianos desunidos, no ménos que á los demás estados. Sin embargo, no quiso abusar de su fortaleza, sino que mostrando el mayor interés por la mejor y leal solución de tan malhadada contienda, invitaba á todos para que contribuyeran con templanza y buena fe al fallo de aquel gran pleito. Tan vivas fueron las instancias del Parlamento catalán, tan acertadas sus prudentes medidas, que al fin se congregó también un Parlamento en Aragón y otro en Valencia, facilitándose de este modo la mejor solución de tan grave negocio. Tuvo aún que castigar el Parlamento de Barcelona á algunos disidentes, que no falta siempre quien procura sacar partido de las grandes disgustos de la patria, y levantó para lograr la paz el estandarte de Santa Eulalia, celebra población de los gremios barceloneses; mas por último se sentaron en los cascinos de los tres Parlamentos varones eminentes, que despreciando sutilezas, rencoras y vanidades, caminaron al deseado fin de terminar el interregno.

Hablábase trasladado á Tortosa el Parlamento de Cataluña en 16 de agosto de 1411, como punto más cercano á Aragón y Valencia, y bien pudo gloriarse aquella ciudad de reunir en su seno lo más selecto del Principado en letras, en armas y en nobleza, cabiéndole también la honra de que se discutiese y aprobase dentro de sus murallas la manera terminante de dar rey á los reinos. Cerdeña y Sicilia seguían también, devotas á la madre patria, los acuerdos del Principado: Mallorca, juicioso y prudente, pretendía tomar parte en los debates acordando por medio de sus procuradores á los tres Parlamentos. La legalidad de éstos era ya en definitiva reco-

nocida por todos, y entónces se dió principio á las conferencias que debían llevar la nave del Estado al puerto apetecido. Inclinábase la opinión general á refundir los tres Parlamentos en una sola Asamblea; pero no gustaba á los más cuerdos la aglomeración de tantos diputados ni la reunión de tantos votos, sistema en lo porvenir más de moda, y como ciertamente no escaseaban los obstáculos ni menguaban los compromisos y las aspiraciones de todos, aseguró el Parlamento catalán las plazas fuertes, puso en defensa y buena custodia el recinto de Tortosa, nombró capitanes que fuesen tan adictos como experimentados, proveyó de viveres ciertas fortalezas y mandó recorrer y vigilar las vías públicas, infundiendo en todos calma, serenidad y confianza.

Y en verdad que no era ocioso el tomar semejantes precauciones, hemos dicho antes de ahora², pues que parecían ya cansarse dos de los pretendientes, esperando en balde el fallo de tan grave negocio. Mostrábanse impacientes, como más poderosos, el conde de Urgel y el infante de Castilla, y fiados en sus fuerzas y recelando mutuamente de su poder, comenzaban ya á prepararse para la resistencia, si se les negaba al pretendido estro. De esta manera de razon de sus respectivas intrigas y manejos un historiador, cuya imparcialidad es digna de elogio: «Mostró mucho sentimiento el infante de Castilla por la muerte de su buen amigo el arzobispo de Zaragoza, por haber perdido en él un buen valedor, y tomó muy á pecho de vengar su muerte y quisiera que todos los reinos de la corona entendieran en el castigo de los matadores, y dió quejas al Parlamento de Cataluña porque se procedía en esto con flojedad, hasta amenazar que si no lo tomaban con más veras, le obligarían á haber él de vengar aquella muerte; y cada día con este título juntaba gentes de armas para entrar en Aragón donde sabía que sería bienvenido, porque había muchos que lo valían, y más los Urreas, que eran parientes del arzobispo, para resistir á D. Antonio de Luna, de quien publicaban que quería perseguir y acabar los deudos del arzobispo. Esto era cuanto al exterior; pero la intención principal no era vengar la muerte de aquel prelado, sino resistir al conde de Urgel y á demas competidores, si quisieran de hecho ocupar los reinos y pueblos de la corona; porque cada día se publicaba que el conde hacia venir gran número de gentes extrañas... Decíase también que D. Antonio de Luna había de entrar con más de 1.000 caballos de Gascuña, para perseguir todo lo posible á los amigos y parientes del arzobispo; y era cierto que si D. Antonio, después de muerto el arzobispo, se metiera dentro de la ciudad de Zaragoza, se quedara con ella; y érale fácil, según la turbación que entónces había en esta; pero como su intención y obras no eran con fin de basear el servicio de Dios, más arrojado y temerario, siempre le faltó el consejo y más cuando más lo había menester».

Parécia, pues, que mientras el infante de Castilla reunía soldados en la frontera, dando acatamiento y haciendo presentes á los nobles aragoneses; mientras atendía al castigo de D. Juan de Luna, atrayendo á su partido la parcialidad de los Urreas, procuraba impedir con las armas que el conde de Urgel y el rey Luis de Francia se apoderasen por fuerza del reino, como sin duda lo intentaban, con público menosprecio de la justicia. Pero no ignoraba el Parlamento catalán que, bajo este color y alarde de equidad, ocultaba D. Fernando sus verdaderas intenciones, preparándose para cualquier evento poco favorable á su cruz; y celoso, como siempre, de la independencia y libertad suya y de las dos Asambleas, sus hermanas, no vaciló en tomar la iniciativa en tan grave asunto, enviando al rey de Castilla y al infante de Antequera embajadores requiriéndoles mandasen salir las tropas castellanas que en Aragón habían entrado. Evasiva fué la respuesta del infante; pero entretanto pasaban la raya de Aragón los pendones de Castilla, poniendo á los pueblos en la dura alternativa de abrirles las puertas ó de arrostrar las iras del pretendiente castellano. No pudo el conde de Urgel mirar impasible cómo se pasaban por Aragón las banderas de su competidor D. Fernando, é instigado por su madre, la condesa doña Margarita, y sus deudos principales, depuso los miramientos hasta allí tenidos al Parlamento de Cataluña, movido no tanto de su ambición particular como de las instancias de sus parciales. Asegurándole que sumajala cobardía su comportamiento, tímido en demasía é irresoluto, y que si al fallar su tío D. Martín se hubiera apoderado del estro, rey sería ya de grado ó por

² *Estudio de los sucesos y circunstancias que rodearon el interregno de 1410, y juicio crítico de este interregno y de sus consecuencias en Aragón y Castilla, obra inédita por el Real Académico de la Historia de el congreso de 1855.*—Su autor D. Florencio Jover, pag. 38.

³ *Historia de los condes de Urgel, por Jover.*

fuerza y acaso con universal aplauso de los pueblos, no llegando el vergonzoso caso de que se discutiera en las Cortes los derechos de cada pretendiente. Animábanle á alzarse en armas con amigos y aliados para emprender alguna empresa de bulto, y le aconsejaban, por último, para que tomara públicamente nombre y título de rey, desplegando estandartes y usando de insignias reales, con todo lo cual viéndole poderoso no podrían por menos los Parlamentos que adjudicarle la corona.

No dejaron de poder más que la prudencia los indiscretos pareceres que oía el conde de Urgel, y determinándose al fin á salir á campaña, hizo con tal publicidad sus vestiduras, insignias y banderas reales, que lo supo luego toda la nación y fué en breve notorio al infante don Fernando, que todas las cosas, por mínimas que fuesen, observaba. Alteróse no poco el infante castellano pretensor al sólo de los Ramiro y Berengueres, y quejóse al Parlamento catalán de que consintiese en descrédito de sus diputados tal desacato. Pero el conde de Urgel, una vez tomado cualquier partido, no era hombre que se dejase intimidar fácilmente, y lleno de despecho acudió también al Parlamento quejándose de la intervención que pretendía tener en los negocios políticos del reino de Aragón el atrevido castellano. Contestó el Parlamento á uno y otro con estudiadas razones, invitándoles á salir del terreno de fuerza en que ambos se iban colocando, con cuyo comportamiento se exaltaban las pasiones públicas, se incitaban las venganzas y amenazaba resolverse tan grave negocio por medio de una guerra civil y no de una discusión política y sensata.

En efecto, cansado ya el pueblo, que no quiere política sino sólo estar bien y tranquilamente gobernado, de las juntas, discusiones y hasta pareceres de letrados que se propagaban durante el interregno, iba ya manifestando descubiertamente su disgusto por la demora en la elección de rey, dando lugar á nuevos conflictos. La muchedumbre de Cataluña era aficionada al conde de Urgel, á quien no faltaban amigos y secuaces en Aragón y Valencia; pero lo más grande de estos dos reinos se iba declarando á favor del infante D. Fernando. En cambio Sicilia y Cerdeña pretendían victorear al joven D. Fadrique. Dos hechos, que no pueden pasarse en silencio, mientras las tropas castellanas corrían el Aragón y mientras hacia D. Jaime sus vestiduras reales, vinieron á publicar al propio tiempo los diferentes medios y ocultos manejos empleados por ambos competidores.

Presentáronse por parte del conde de Urgel al Parlamento catalán unas capitulaciones, en las que el infante castellano pretendía atraer á su partido, con dádivas y promesas de rentas y elevados cargos, á varios nobles, leales servidores de aquel conde. En cambio el infante castellano hacia presentar en el Parlamento aragonés ciertas cartas interceptadas al conde de Urgel, por las que este pretendiente se confederaba con el rey moro de Granada, con no escasos ofrecimientos. Descubrióse también que un emisario de aquel rey había ido á Balaguer á ofrecer á D. Jaime gente y dinero, y que éste había enviado á Yusuf un caballero de su casa para informarle de su justicia y derecho al sólo vacante de Aragón, rogándo-

le que le enviara lo suficiente para sostener durante seis meses 2.000 hombres armados, y que comenzase de nuevo la guerra contra el infante D. Fernando, pues que en 1.º de abril de 1412 finalizaban las treguas entre los reyes de Castilla y Granada. Diferente fué el efecto que la conducta de uno y otro competidor produjo; y si causó algun disgusto en el Parlamento de Tortosa el saber que el infante de Castilla obraba ya con esperanzas de soberano, mucho mayor fué el escándalo y la indignación del Congreso aragonés, reunido en Alcañiz, al ver los ilícitos y bastardos medios de que se valía el de

deseando tenerle por rey y señor. Daba no pequeño bulto á esta parcialidad la gente menuda, apasionadísima del conde, á quien, como va dicho, seguía el gobernador, mostrándose en exceso intolerante y cruel para con los Centelles. Llegó á tanto el atrevimiento de este funcionario, llamado Guillen de Bellera, que se color de justicia hizo ahorcar y decapitar por fútiles causas más de cuarenta honradas personas de aquel partido. Persuadidos los Centelles de que obtendría D. Jaime de Aragón la corona, recurrieron á su autoridad para que castigase los excesos del gobernador, restituyendo al reino la paz

y quietud apetecidas. Pero faltó el de Urgel de previsión y de buenos consejeros, lejos de granjearse el afecto de los dos bandos, cortando, como se había menester, sus disidencias, desoyó las súplicas de los Centelles, y se inclinó descubiertamente á favor de los Vilaregudes, cuya cabeza, según va apuntado, era el gobernador, creyendo así que sería incontrastable su poder, reducidos á la impotencia aquellos nobles. Engañábase; pues resentidos los Centelles de que el de Urgel, cuando se le esperaba neutral, se había echado en brazos de los Vilaregudes, se declararon por D. Fernando, pidiéndole auxilio contra los amigos del conde, de la misma manera que en Aragón lo hicieron los Urreas contra los Lunas, sus rivales. No aguardaba el infante más honesta ocasión y legítima excusa para meter en Valencia sus hombres de armas, como lo había hecho en Aragón; y sin perder tiempo, envió en socorro de los Centelles diversas partidas de castellanos, que pusieron á los Vilaregudes en la necesidad de solicitar de su protector 400 caballos, con que atajar los desmanes de sus enemigos *.. De estos abusos nació sin igual confusión en los pueblos, aumentáronse las partidas armadas á favor de cada uno de los dos más poderosos pretendientes, y hubo peleas sangrientas en que preponderaron los parciales del infante castellano.

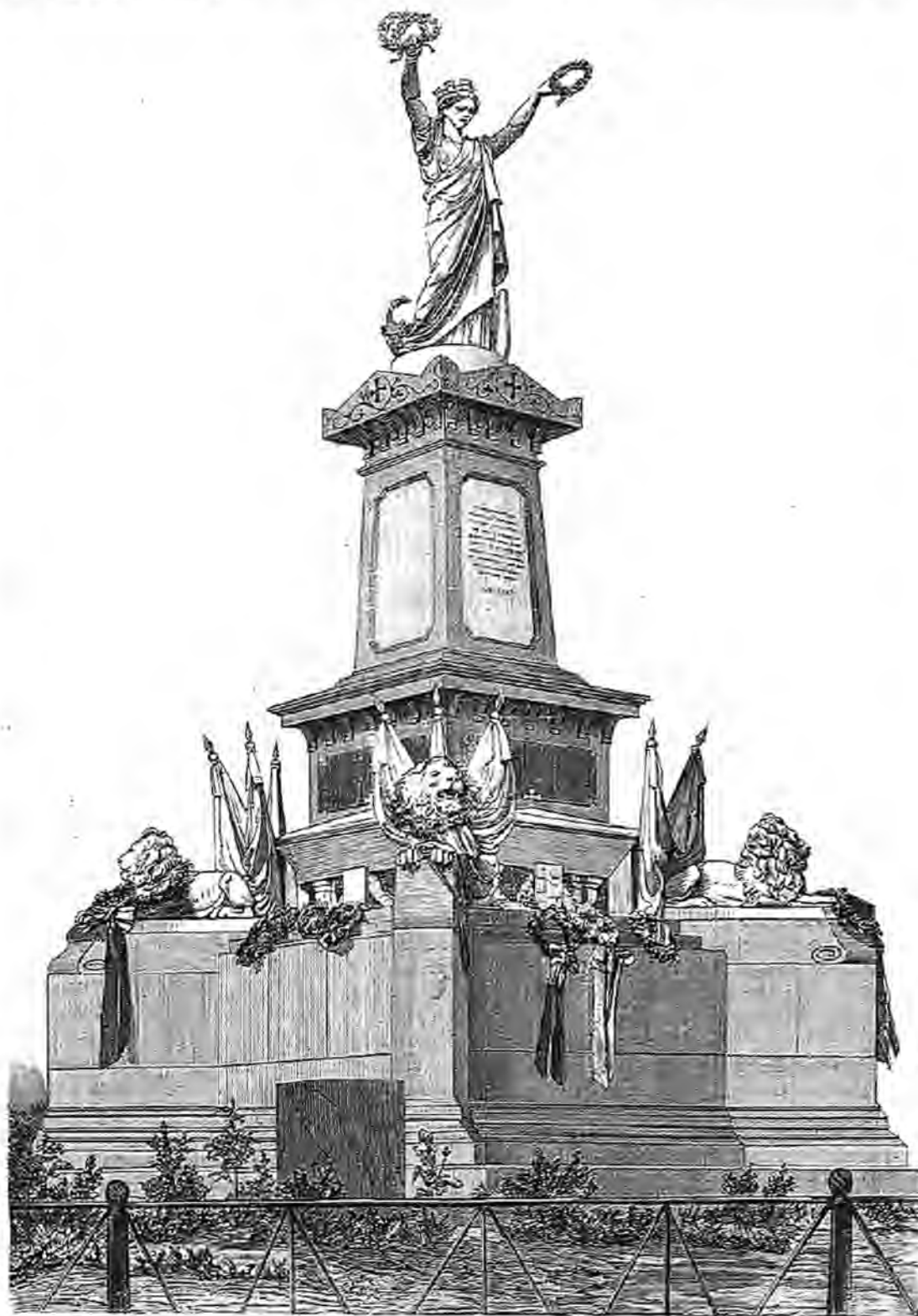
Hacíase, pues, indispensable terminar cuanto antes aquel peligroso período constituyente, porque cundiéndose de nuevo la discordia y enardecidas las pa-

siones, era de temer estallase la guerra general, afortunadamente conjurada tantas veces. Al cabo y después de muchas juntas, pláticas y mensajes entre los tres Parlamentos de Cataluña, Aragón y Valencia, entre los gobiernos y diputaciones de las ciudades, y entre los ricos hombres é infanzones, prevaleció la idea, indicada poco antes en el Congreso de Alcañiz, de confiar á nueva persona sábia, virtuosa y prudentes el exámen del derecho de cada competidor con el fallo y elección de soberano. Alarmáronse con esta decisión los pretenses, y presentaron algunos largas listas de personas que les serían sospechosas en caso de ser nombradas, proponiéndose el conde de Urgel á manifestar que sólo se avenía á lo que fuese justo al fallo de los jueces que se nombrasen; pero poco efecto hicieron semejantes protestas en los Parlamentos, deseosos de salir cuanto antes de tal conflicto, si bien dieron seguridades á todos de obrar con la mayor buena fé, imparcialidad y justicia.

[Se continúa.]

FLORENCIO JANER.

* Otras citadas.



MONUMENTO ERIGIDO EN BILBAO Á SUS DEFENSORES.

Urgel, llevándole su osadía y ambición hasta manchar la fama de sus mayores, atentando contra la seguridad del cristianismo. No se descuidó el infante de Antequera, descubierta ya aquella vergonzosa urdimbre, para traer al rey de Granada á buen camino, alargando las treguas por el espacio de diez y siete meses, á contar desde 1.º de abril en que las anteriores espiraban, y mientras con tan cuerda conducta ganaba reputación de entendido político, lograba ver rebajado al desatentado conde en el concepto general, entibiándose no pocos de sus antiguos aficionados, y siendo este el primer golpe y como preludio de los sucesivos reveses que su escasa fortuna le deparaba.

Todo concurría, pues, para que el desasosiego público fuese en aumento, y muy particularmente en Valencia, cuyo reino ardía de nuevo en civiles disturbios en los primeros meses del año 1412. Había tenido allí, al principio muy general aceptación y partido el de Urgel, aun entre los dos bandos de Centelles y Vilaregudes, pues si bien mantenían entre sí particulares odios y rencores que sólo parecían aplacarse derramando sangre, en lo que tocaba á la persona del conde habían estado acordes,

RELACIONES Y ARMONIAS

ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS

Y EL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS.

(Continuación.)

Las variedades de los diferentes dialectos de la Grecia representan el espíritu de localidad é independencia que repetidas veces nos muestra la historia, narrándonos los acontecimientos de la vida política de su pueblo. También el, como el hebreo y el árabe, refleja en su lengua su civilización y carácter, y á los ojos escrutadores del filólogo, tan claro se manifiesta en la filosofía, elegancia y belleza de su gramática, como aparece ante el historiador en los admirables restos de su Partenon y en las derrumbadas columnas de sus templos y gimnasios. Al visitar sus esparcidas ruinas, donde en vez del himno religioso ó el tumulto popular se escucha sólo la yerba larga mecida por el viento, el anticuario se esfuerza ante inscripciones casi gastadas por averiguar el nombre de un semi-dios, de un héroe ó de un tribuno, mientras el filólogo, en el retiro de su gabinete, desdendiendo minuciosos pormenores como superfluos para seguir el curso majestuoso de la historia, mira en la lengua los orígenes de las razas por bladoras, conoce su respectiva influencia, determina el lazo común que las comprende y el genio distintivo de la nación que formaron.

Esta misma semejanza de carácter y lenguaje vemos en Roma, y en una esfera más clara y más elevada; bien porque represente en el desarrollo de la civilización un papel de mayor importancia, bien porque, méno distante de nosotros en el orden de los tiempos, alcanza mejor nuestra vista á conocerla.

Mientras que el romano, desde la cumbre del monte Palatino, descubria los límites de su dominio, su idioma como su nombre eran oscuros y desconocidos en todas partes. Centenares de años despues se esforzaba Tito Livio inutilmente por disipar esa densa oscuridad de las primeras épocas; pues los grandes anales, los libros de los magistrados, las actas censorias y demas documentos que constituyen las fuentes de la historia romana, arrojaban sobre ella tan dudosa luz, que Dionisio y Polibio, escritores de sus antigüedades, demuestran á menudo la poca ó ninguna fé que les merecen cuanto se afirmaba de sucesos anteriores á Catón. Aun hoy la erudición trabaja por investigar qué influencia tuvieron en el idioma latino el de los oscos, el de los umbrios, etruscos, etruscos y el de los ilirios ó liburnios, que, sojuzgando por la guerra á muchas tribus indígenas, se establecieron en la península itálica.

El docto César Cantú, en una de las aclaraciones al libro III de su *Historia Universal* (primera parte: época antigua), inserta un ensayo lingüístico que comprende algunos centenares de voces latinas, evidentemente derivadas del sanscrito, varias de las cuales se asemejan también á otras griegas, como se ve en las formas de al-

gunos verbos. Además hace notar la casi identidad de construcción gramatical del sanscrito, el griego y el latino: consigna la igualdad de significación negativa de la prefixa *a* en los tres idiomas, y sospecha un mismo origen para los pueblos italianos. Lassen, Eichhoff, Lepsius, Grottefend, Passeri, con otros eruditos, han hecho prolijas investigaciones sobre los orígenes del latín y sus analogías con varios idiomas antiguos, ya formando tablas de voces semejantes, ya procurando traducir del osco algunas inscripciones. Todos estos trabajos, aunque muy prolijos y concienzudos, sólo esperean una débil claridad sobre los primitivos tiempos del Lacio; y

como ya a los sacrificios drúidicos, el guerrero Endovéllico de Hispania y cuantos cultos celebraba la teogonía de todas las razas. Admite usos, trajes y palabras de todos, procurando absorberlos en todos sentidos. La ciudad de Roma llega á ser un pequeño mundo en donde en la misma plaza pública el persa y el galo, el griego y el sarmata, el asirio y el hispano, el hebreo y el árabe, vienen á representar ese genio unificador que supo conquistarlos y amalgamarlos, como presintiendo el día en que el único Dios hecho hombre bajase á declarar que todos los hombres eran hermanos, hijos de un sólo Padre común. Pero Grecia, como más sabia, imprimió más

profundamente en Roma el sello de su carácter que ningún otro de los pueblos vencidos. Dióle, además de su religión entera, su construcción gramatical; los nombres de muchísimos objetos, el tipo de su lengua y literatura, su afección á lo bello y espléndido. Multitud de filósofos y gramáticos, nacidos en la península helénica, fueron á Italia á esparcir sus conocimientos en las escuelas que fundaban, siendo los primeros historiadores del pueblo romano; circunstancia de que hoy se lamenta la historia: pues más solícitos de captarse la benevolencia de sus dominadores que de investigar y decir la verdad, llenaron sus narraciones de fábulas, cuya inverosimilitud y contrariedad descubren sus errores.

Estudiando ambas lenguas, se ve la del Lacio calcada especialmente sobre la griega: radicales de nombres y verbos, desinencias comunes á veces, construcción semejante, uso de partículas, todo está demostrando esta procedencia. En la literatura, la epopeya no pierde de vista á Homero; Teócrito, Bion y Mosco son los modelos de la bucólica: Plauto conserva la gracia y malignidad de Aristófanes, y Terencio la cultura de Menandro. Floro, Tito Livio, Tácito y Cornelio Nepote estudian á Herodoto, Jenofonte, Tucídides y Pintarco; y Séneca, recordando á Sófocles y Eurípides, se esfuerza inutilmente por crear la tragedia romana. Véase

aquí una particularidad de este pueblo, que desconoció el trágico cordobés apesar de su talento y ciencia. La tragedia era imposible en Roma. ¿Qué sensación había de excitar, qué terror había de producir en sus habitantes la desgracia de un héroe, la caída de un trono, ó la muerte por último, fingidas y representadas sobre las tablas, cuando todos los días miraba como diversion al espectáculo verdadero de la caída de muchos tronos, cuyos reyes entraban encadenados por las calles de Roma, cuando á los jefes á quienes ayer ensaltecía como ídolos, hoy los despedazaba con furor, y cuando gladiadores, prisioneros y fieras derramaban á su vista rios de sangre en el circo, donde contemplaba la muerte bajo todos sus terribles aspectos? Así, la tragedia nació sin vigor, y sus largas cuanto pomposas declamaciones muestran que se escribía, no para la escena, sino para la lectura.

Los dialectos de los aborígenes de Italia son las fuentes del latín, el griego su norma, y las lenguas de las naciones conquistadas sus contribuyentes, aunque en corta cantidad, por estar ya formado. Pero su carácter distintivo difiere de todos, y se particulariza por la gravedad y la nobleza. El idioma latino es el idioma del mau-



DON MANUEL SILVELA.

esta niebla, no disipada por los esfuerzos de tantos hombres científicos y laboriosos, es una imagen de la oscuridad que envolvió al pueblo romano en sus humildes principios, cuando las demás naciones apenas conocían su nombre.

Poco despues Roma se siente llena de fuerza y de vida, y se desarrolla y engrandece. Se asimila á los albanos, sujeta á los umbrios, volscos, sabinos y etruscos; ocupa la península itálica desde el Norte al Mediodía, y extiende su dominio mucho más allá de lo que pudieron imaginar sus fundadores. Pasa el mar, combate, y Grecia es suya. Grecia no puede ser para su vencedora un triunfo más solamente, una esclava nueva unida á su carro; goza de superior inteligencia, civilización superior, y si es sojuzgada por las armas, sobrepaja á su vencedora por las letras.

Cada pueblo tiene en la historia un destino propio que desempeñar; y Roma, cumpliendo el suyo, une el orbe conocido bajo su cetro, se asimila y apropia, al confundirlas con la suya, las civilizaciones distintivas de los países conquistados. Levanta templos para los dioses asiáticos y para las simbólicas divinidades egipcias,

do y del imperio: la sonora rotundidad de sus terminaciones vigoriza sus períodos; la declinación, inutilizando las preposiciones pertenecientes al nombre indeclinable, suprime palabras monosilabas y con ellas la cacofonía y flojedad que naturalmente las acompañan: el estilo en general no es ligero y variado como el de sus modelos, sino lleno y majestuoso: pierde en graciosa flexibilidad lo que gana en fuerza y nobleza. El latín sigue los pasos de la civilización: es bárbaro en Livio Andónico, cuyos escritos, según Cicerón, no merecen leerse dos veces: también lo es en Cn. Nevio, en Ennio, citado por Quintiliano y Virgilio, y aun en Pacuvio y Afranio: adelanta con Lucilio, Pomponio y Varrón, llamado el más docto de su tiempo; y en la terminación de la república y principios del imperio llega a tan alto grado de esplendor, que hace llamar á su siglo el *siglo de oro de las letras*.

Virgilio, cuyos delicados cantos por la ternura de sentimientos que encierran y por la esperanza de mejores días de que se manifiesta poseído en la Egloga IV, al exclamar: *jam nova progenies cœlo demittitur alto*, parece presagiar el cristianismo, representa la poesía épica, bucólica y didáctica; Horacio depura el idioma; Cicerón perfecciona la elocuencia; Quintiliano la crítica y la retórica; Ovidio la elegía; Catulo, Tibulo y Propertio el poemita erótico; mientras Hortensio, Cornelio Severo, Aulo Sabino, Macer, Albinovano, y Graciano Falaco, orador de mérito el uno, poetas elegantes los otros, aunque de orden ménos elevado, forman el segundo término del cuadro. Con los satíricos Juvenal y Persio, con Valerio Flaco, Stacio, Mauro y los españoles Columela, Silio Itálico, Séneca y Lucano, principia la decadencia del lenguaje, cuando empezaba también la decadencia política; y al aumentarse ésta, se aumenta la corrupción del idioma y del buen gusto: Plinio, Nemesiano, Calpurnio, Claudiano, Comodiano de Africa, presentan una locución adulterada, oscura á veces, y casi siempre llena de esa afectación propia de las épocas decadentes.

Consúmase, por fin, la corrupción y la ruina, y al extinguirse por completo el gigantesco imperio de Roma, no se extingue su lengua por ser el fiel espejo de su civilización y pasar ésta á los códigos sociales de todos los pueblos levantados sobre sus escombros. Además, la Iglesia cristiana estaba ya erigida sobre firmes cimientos; desde la silla de Pedro un dogma religioso y una ley moral se extendían á millones de individuos: y esa Iglesia, ya tan poderosa, adopta el latín como lengua universal de su dominio, porque entre todas las del orbe la considera la más noble y majestuosa, la más digna para hablar á la Divinidad, celebrar sus ritos y entonar sus alabanzas. La ciencia por su parte contribuye también á perpetuarla, prohibiéndola igualmente para expresar sus ideas; y las obras de ilustres historiadores, tribunos y poetas, saliendo de la oscuridad y el olvido en que yacían sepultadas, acaban de grabarla con el sello de la inmortalidad. Ninguna excepción tiene la regla de que el idioma refleja el carácter del pueblo y su civilización, y no puede morir mientras de ésta quede alguna huella.

La caída del imperio romano de Occidente es uno de los sucesos portentosos que terminan y cierran una época histórica para abrir el vasto panorama de otra más fecunda. Cinco siglos hacia que las hordas setentrionales, eternas enemigas de la señora del mundo, la amagaban con un continuo oleaje de gentes guerreras, hijas de los inmensos bosques de países desconocidos, donde la tradición suponía razas colosales de cultos misteriosos y sangrientas costumbres. Estas hordas piden solamente al principio que se les conceda libre tránsito por ciertos territorios; los ocupan despues, estrechando así los límites del imperio; amenazan invadir la misma Italia, y se detienen á veces ante la espada de grandes capitanes; se inscriben más tarde en las centurias y cohortes de las águilas enemigas, y cuando han conocido bien su propio vigor y la debilidad de sus señoras, hacen constar esta diferencia exigiéndoles y obteniendo un tributo. Por último, erígense árbitros y dominadores: el mundo se cree próximo á su fin, y es precisamente cuando se regenera. Si las tempestades en el orden físico limpian la atmósfera y acrecen la fertilidad de la tierra, los grandes trastornos sociales, siendo consecuencias lógicas de anteriores hechos, producen nuevas ideas y á veces nuevas civilizaciones.

Así sucedió entonces: las tribus conquistadoras del Norte se mezclan con los vencidos, depuran hasta cierto punto sus corrompidas costumbres, vigorizan las razas meridionales que habían degenerado mucho físicamente, cruzando con ellas su raza varonil, y al trastornar los límites geográficos del ya caído imperio, ponen los cimientos de varias nacionalidades, muy semejantes en

su principio y que luego van diversificándose, si bien conservando el sello de un mismo origen.

Quitán al latín sus variadas declinaciones del nombre y le anteponen partículas para distinguir sus casos; establecen artículos determinativos de géneros y relaciones; sustituyen en la versificación la cantidad prosódica con el número y acento de las sílabas; y no hallándose su oído satisfecho con esto, empiezan á intentar la rima, ensayando ciertas terminaciones parecidas, que, estudiándose y fijándose con el trascurso del tiempo, llegan á formar la asonancia y consonancia. Época curiosa es la historia en aquella que presenciaba la lucha del idioma latino con los nascentes idiomas derivados de su tronco, y que hoy conocemos con el nombre de neo-latinos. En la conversacion familiar mezclábase las voces propias del uno y de los otros; en los documentos públicos todavía dominaba tradicionalmente el latín; y aun habiendo dejado de ser lengua vulgar, en ellos se conservaba. Por último, es desterrado de los tribunales, de las crónicas y anales históricos y demás escritos destinados á pasar á la posteridad: este punto señala en Italia, España y Francia, la adolescencia de las lenguas vulgares. Inútil es detenerse en analizar los dialectos de cada una de estas naciones; casi todos ellos han ido perdiendo sus rasgos particulares y distintivos para amalgamarse con la lengua dominante del Estado; así como los diversos señoríos, condados y aun pequeños reinos, abdicaron por la política ó la espada su respectiva independencia, constituyendo poderosas monarquías, excepto Italia, que ha suplido la falta de gobierno central por la unidad literaria con las admirables obras de sus poetas y escritores. Bastará, pues, tan solamente una rápida ojeada á los tres idiomas indicados, para hacer notar sus analogías con el géneo y carácter de las tres naciones que los han creado y perfeccionado.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

REINA Y CAUTIVA.

(ROMANCE TRADUCIDO DEL PORTUGUES *.)

— «Al campo, moros, que quiero
Una cristiana cautiva;
«Unos vayan mar abajo,
«Otros vayan mar arriba,
«Y tráiganme la cristiana
«Que la reina me pedía.»
Unos se van mar abajo,
Otros se van mar arriba.
Los que mar abajo fueron
No encontraron la cautiva;
Pero tuvieron más tino
Los que fueron mar arriba,
Que hallaron al conde Flores
Viniendo de romería
De rezar al Santo Apóstol
En Santiago de Galicia.
Matan allí al conde Flores,
La condesa va cautiva;
La reina cuando lo supo
Al encuentro le salía:
— «Bien venida, esclava, seas,
«Esclava, sé bien venida.
«Aquí te entrego las llaves
«De la despensa y cocina,
«Que no me fio de moras
«No me den hechicerías.»

* El vizconde Almeida Garrett, al publicar este precioso romance en el tomo II de su *romancero*, pag. 189, decía lo siguiente: «Ni en las colecciones españolas, ni en escritor alguno se halla mención alguna de este lindo romance *Reina y cautiva*, que anda en boca del pueblo, y se repite con esas variaciones de Extremadura á Trassos-Montes, y aun, según mis noticias, en las provincias transaguanas. Por sus alusiones á Galicia, al sacorio de moros que estaba allí cerca, y á la tierra de Santa María que, como todos saben, es el distrito entre Luero y Vongra, llamado en la actualidad *Tierra de Felca*, se ve que este poemita y su asunto son de los primeros tiempos de la monarquía. Hasta esta frontera por el mar se da un fuerte color del siglo XII. El romance tiene toda la sencillez homérica, todo el tono de la poesía primitiva, cautivos y renegados cristianos, salvados en sus tierras, despues de robar á los moros-marqueses que los habían cautivado, se encuentran en muchas tradiciones populares; pero en madre que bautiza á su hija con las lágrimas de sus ojos, es una creación tan bella como los más grandes poemas de la antigüedad.»

— «Tomo, señora, las llaves
«Por grande desdicha mía.
«Ayer era yo condesa,
«Hoy criada de cocina.»
En cinta estaba la reina,
La esclava también en cinta.
La buena ó mala fortuna
Parir las hizo en un día.
Un varon tuvo la esclava,
La reina tuvo una niña;
Pero las perras comadres,
Para ganar más albricias,
Dieron á la reina el niño
Y á la cristiana la niña.

— «Hija mía de mi alma,
«¿Con qué te bautizaría?
«Las lágrimas de mis ojos
«Te sirvan de agua bendita.
«Te llamaré Blanca-Rosa,
«Blanca-Flor de Alejandría,
«Que así se llamaba en tiempos
«Una hermana que tenía;
«Cautiváronla los moros
«Allá por Pascua florida,
«Estando cogiendo flores
«En un jardín que tenía.»
La reina desde su alcoba
Estos lamentos oía,
Y bañada en llanto, así
A sus esclavas decía:
— «Esclavas, las mis esclavas,
«Sirvan bien á esa cautiva,
«Que si yo estuviera buena
«Yo misma la serviría.»
El día que se levanta
Corre á ver á la cautiva:
— «¿Cómo te encuentras, cristiana?
«—¿Cómo tienes á tu hija?»
— «La niña buena, señora;
«Yo, como mujer parida.»
— «Si estuvieras en tu tierra,
«dij, ¿cómo la llamarías?»
— «Llamárala Blanca-Rosa,
«Blanca-Flor de Alejandría,
«Que así se llamaba en tiempos
«Una hermana que tenía;
«Cautiváronla los moros
«Allá por Pascua florida,
«Estando cogiendo flores
«En un jardín que tenía.»
— «Y si vieras á tu hermana,
«Dime, ¿la conocerías?
«— Como la viese desnuda
«De cintura para arriba,
«Que bajó del pecho izquierdo
«Un lunar negro tenía...
— «¿Ay! ¡Triste estrella me alumbra!
«Ay! Triste estrella me guía!
«Mandé buscar una esclava
«Y traen una hermana mía!»
Tres días eran pasados,
Cuando murió la infantita.
Lloró la condesa Flores
Que la tenía por hija,
Pero más lloró la reina,
Que el alma se lo decía.
El secreto entre criados
¿Qué pronto que se publica!
La madre recobra al hijo
Medio muerta de alegría,
Y antes que pasen tres horas
Las dos hermanas decían:
— «¿Quién se viera en Portugal!
«Tierra del cielo bendita.»
Juntaron muchas riquezas
En oro y en pedrería,
Y una noche muy oscura
Huyeron de moraria,
Yéndose para su tierra,
Tierra de Santa María,
Y allí se metieron monjas
Las dos en un mismo día.

EL CIEGO.

(CANTO TRADUCIDA DEL PORTUGUÉS *)

— Abre, Ana, tu puerta, abre al peregrino,
Que vengó cansado, muerto del camino.
— Si viene cansado, señor peregrino,
Vaya norabuena por otro camino.
— ¡Ay! abre la puerta, abre, ángel divino,
Que cegó mis ojos polvo del camino.
— ¡Abrir yo mi puerta á un ciego ladino!
Vaya noramala por otro camino.
— ¡Ay del pobre ciego, que vaga sin tino,
Cantando y pidiendo por ese camino.

— Madre, la mi madre, despierta, es divino
El cantar del ciego que busca el camino.
— Si él algo te pide, dáale pan y vino:
Es un pobre ciego que perdió el camino.
— Tu pan yo no quiero, no quiero tu vino;
Sólo quiero que Ana me enseñe el camino.
— Coge, Ana, la rueca; líenala de lino;
Ve á guiar al ciego por ese camino!

— La rueca se para; se acabó ya el lino;
Vaya sólo el ciego, que ese es su camino.
— Anda más, Anita; anda, ángel divino;
Soy un pobre ciego; no veo el camino.
— Fuerza un poco, fuerza, al campo vecino.
Que vienen caballos por nuestro camino.
— Si vienen caballos, bendigo al destino:
Yo los esperaba por este camino.

— Llegan los caballos como un torbellino...
El ciego, mi ciego, bien ve su camino...
Móntame á caballo; bézame sin tino...
El ciego me roba... ya encontró el camino.

V. BARRANTES.

UNOS NAUFRAGOS DEL SIGLO XVI.

Existe en el *Archivo de Indias*, en ese rico tesoro de documentos relativos á nuestra conquista y dominación en América, apenas conocido y poco estudiado por nosotros mismos, sin embargo de contener todos los materiales para escribir las legendarias empresas y épicas aventuras de nuestros abuelos en el mundo descubierta por Colón, una relación curiosísima, aunque sucinta, dirigida al rey de España por un maestro Juan, dándole cuenta de su naufragio en los mares de las Antillas y de los ocho años que pasaron otro compañero y él, abandonados de los hombres y casi olvidados de Dios, en una isla desierta, estéril, sin árboles y hasta sin agua.

Al leer este relato, horrible en su propia sencillez y donde con el más estilo de un marino se refieren las penalidades del largo cautiverio que sufrió su autor en el islote de la Serrana, escondido en las vastas soledades del mar, se maravilla el ánimo de lo mucho que puede sufrir física y moralmente esta flaca y miserable máquina humana, tan grande á la par que tan pequeña.

Salió el maestro Juan de la Isla Española la víspera del Domingo de Ramos de 1528, en la nave de Pedro Cifuentes, regida por un piloto inhábil, apellidado Portugalete, á quien se había dado la comisión de llevar pólvora y municiones á la fortaleza de la Margarita. La navegación fué azarosa desde el primer momento; en la isla de Santa Cruz, que hoy pertenece á los dinamarqueses, fueron acometidos los navegantes, cuando estaban abasteciéndose de agua, por más de ciento veinte indios caribes, que dispararon sobre ellas sus agudas flechas

envenenadas. Obligados á darse á la vela para evitar el peligro, sin haber podido hacer aguada, prosiguieron su viaje, combatidos por ríos vientos y perdidos en el mar, gracias á la impericia del piloto Portugalete, que cada vez sabía menos dónde se hallaba y el rumbo que debía seguir, hasta que después de tremendas contrariedades y de no escasos peligros, molestados siempre por la falta de agua, resolvieron retornar á la isla de Santo Domingo, de donde habían partido un mes ántes. Pero ni aún esto supo hacer ya el ignorante Portugalete, el cual, viendo, como dice el maestro Juan, *la mala cuenta que de sí había dado*, y temeroso quizás del castigo, tomó el cobarde partido de abandonar á sus compañeros, fagándose de la nave en el islote llamado entonces de Arriba, que era una dependencia de la Española.

Después de haberle buscado en vano por espacio de algunos días, cansados, aburridos y descosos de poner términos á sus pesadas desdichas, decidieron los seis hombres que componían la tripulación enderezar el rumbo hacia Santo Domingo, entregándose á su buena ó mala suerte, sin el recurso de persona alguna que les pudiese dirigir, porque todos eran novicios en el arte de la mar, ni más esperanza que la piedad del cielo.

Pero ésta también les faltó entonces. Pocos días después asaltólos en medio del golfo y en la oscuridad de la noche una desecha borrasca, cuyo impetu arrebató los dos mástiles y todas las velas de la nave, la cual para colmo de desventura empezó á hacer agua; en este estado siguieron, hasta que al cabo de seis días de mortales angustias, y empujados por la tempestad, cada vez más desencadenada, dieron en el bajo de la Serrana, donde el navío se estrelló con irresistible violencia.

Advertido del peligro tomó el maestro Juan un cuerno de pólvora que en su caja tenía y un eslabon en la boca, arrojándose al mar y ganando á nado la orilla. Puestos la pólvora y el eslabon en tierra, volvió valerosamente al buque que se había roto en cuatro pedazos, sobre uno de los cuales estaba agrupada la tripulación, desesperanzada ya de librar sus vidas; pero el maestro Juan no se desalentó, anudó los cabos de las amarras hasta formar uno largo con el cual regresó á tierra, y animando con su ejemplo y sus palabras á sus desmayados compañeros, tuvo el honrado placer de verlos á todos en salvo. Era de noche; las sombras envolvían aquella desolada escena, y sólo se oía en la revuelta inmensidad del mar el sordo rugido de las olas y del viento. Cuando amaneció, la nave había desaparecido por completo en la profundidad del abismo: los naufragos habían perdido su última esperanza; la catástrofe estaba consumada.

El maestro Juan había sacado previsivamente del buque, como hemos dicho, la pólvora y el eslabon; pero no el pedernal, imaginando sin duda que los ballarías de sobra en el islote. Desgraciadamente se equivocó en sus cálculos; buscaron por todas partes los naufragos un guijarro con que poder encender lumbre, y no lo hallaron; de manera que por espacio de dos meses tuvieron que alimentarse con carne cruda de lobos marinos y de cuervos que á la isla acudían. Pero no era el hambre, que al cabo saciaban como podían, lo que más les atormentaba, sino la sed para la cual no encontraban remedio; ni un manantial había en toda la isla, ni siquiera un depósito de agua llevada en los huecos y desigualdades del terreno; la arena la había absorbido y el sol evaporado: aquello era el desierto con sus enternecedores horrores. Tuviron, pues, que contentarse, bebiendo la sangre de los lobos marinos y de los cuervos, sin hallar en toda la extensión de la isla de la Serrana ni un árbol que les diera sombra durante el día, ni el cubil de una hiena donde resguardarse por la noche. La vida se les hacía insupportable, tanto, que aprovechando algunos maderos del buque perdido que el mar había arrojado á la playa, determinaron hacer una balsa donde probar fortuna para salir del miserable estado á que se veían reducidos. Empezaron, pues, arduosamente la obra, y sujetando los tablones con tiras del cuero de los lobos marinos, construyeron á poco la balsa; pero tan informe, tan insegura, tan endeble, que de los seis naufragos, sólo tres se arriesgaron á marcharse en ella; quedándose en la isla el maestro Juan, un malagueño de apellido Moreno y un muchacho de estorces años. La balsa partió, y nunca más volvió á saberse de sus inteligentes tripulantes, cuya desastrosa suerte no hay para que decir cuál sería.

Deverado por la sed, por la fiebre y la desesperación, el malagueño Moreno llegó al punto, según dice la *Relación* de donde tomamos estas noticias, de empezar á *converse por los brazos, y de algunos bocetos que se dió navío como robando*. Entonces, viéndose el maestro Juan sin más compañía que la del muchacho, propúsose buscar algún recurso para evitar la muerte, ó mejor dicho, para prolongar la lenta agonía á que ambos pare-

cian condenados, y como creemos que nuestros lectores verán con interés el relato que el mismo maestro hace de sus penalidades, vamos á copiar textualmente sus palabras:

«Comencé, dice, con huesos de tortuga á cabar en algunas partes de la isla, viendo si habría agua, y por ser la tierra poca y en medio del golfo, en todas partes la hallaba tan salada como el agua del mar; y ésta agua, mezclada algunas veces con la sangre de lobos, la bebía; y en este tiempo no llovió jamás para que del agua del cielo me pudiese aprovechar. Acordé, por si lloviese, hacer algunos hoyos en la arena, y tomando muchas pieles de lobos, aforré aquellos hoyos; y cuando Dios fué servido que lloviese, que fué por el mes de Octubre, cogía en aquellos hoyos algun agua y en algunos charcos de los de la mar, que allí llamamos cobos. El agua de los hoyos duraba poco porque se consumía en la arena; cuando llovió, con el desso que tenía de beber, metíame de calidad en el agua y cortábame de tal suerte que me tollía de piernas y brazos; y el remedio que la hallaba, era mezclalla con la sangre. Desde entrado en la isla, ya idos mis compañeros, estuve dos meses sin fuego, y visto que el invierno venía y que no pudiera sustentarme sin lumbre, acordé de hacer una balsa no mayor que para que me pudiese sostener, y fuí donde el navío estaba perdido, digo, donde pade, é hice una ancla de una piedra para atar la balsa en braza y media de agua de hondara, y chapuzándome algunas veces hallé un guijarro, con el cual hice fuego, y estaba ya tal que la misericordia de Dios y el fuego me restituyeron la vida, y el muchacho que conmigo estaba hallábase tal, que yo del miedo de que se me muriese y él, de verme tal, estábamos harto temerosos de perder el uno al otro, porque en esto estaba cierta la muerte del que quedase vivo.

«Después que tuve lumbre, todas las noches hacía fuegos, porque si por allí fuese algun navío nos pudiese ver por ellos; y en una isla pequeña, á dos leguas de mí, á barlovento, estaban dos hombres de otro navío que se había perdido, los cuales, viendo las lumbres, se vinieron en una balsa adonde yo estaba, y estuvieron conmigo cinco años.

«En este tiempo acordamos hacer un barco con algunos maderos que la mar traía y á nado tomábamos, é hicimos nuestro barco de esta manera: yo hice, con los compañeros, una fragua, y los fuelles de pieles de lobos, y en la parte donde el navío se perdió, hice una sierra con algunas cosas de hierro que llevábamos para la iglesia de Cabagua, de las cuales hicimos también clavos; y construído nuestro barco con las velas de cueros de lobos, curadas lo mejor que pudimos, nos embarcamos los dichos mis compañeros y yo y el muchacho, y nos partimos, pensando poder pasar á la isla de Jamaica.

Pero se conoce que el maestro Juan era prudente y precavido en extremo, y que confiando en Dios y en su estrella, prefería la desdichada vida que arrastraba, á correr los azares de una navegación incierta, puesto que por segunda vez se quedó en tierra. Visto por él que el barco era de pedazos mal ligados entre sí, dado, en vez de brea, con grasa de lobos, y sin ninguna condición marinera, cambió de parecer, ya embarcado, y se volvió á la isla con otro de sus compañeros. El tercer naufrago y el muchacho resolvieron seguir adelante en su desatinada empresa, y debieron perecer, porque, según dice sencillamente el maestro Juan, *los tiempos los fueron ulvernos*.

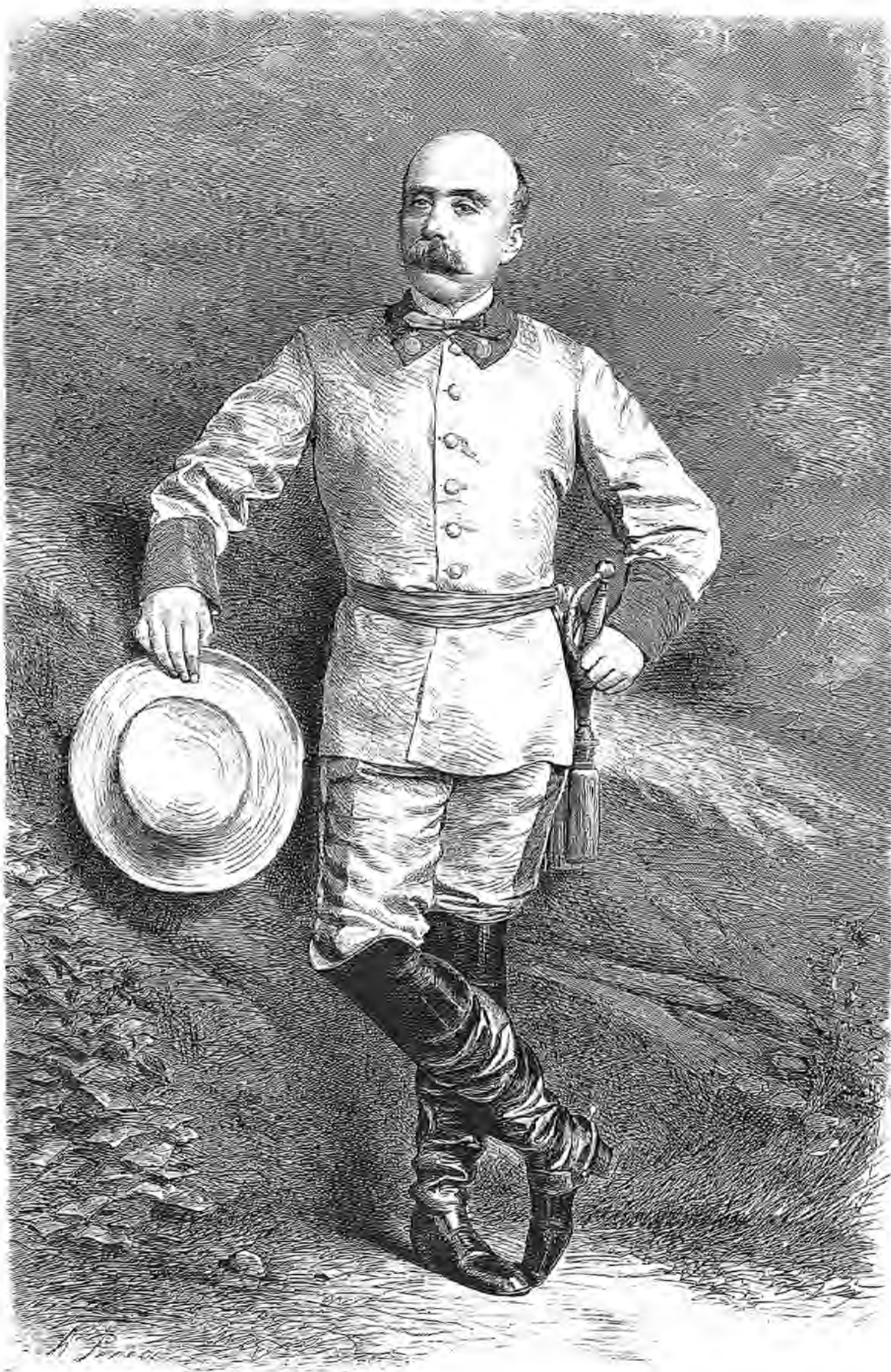
Solos el maestro Juan y su compañero, construyeron varias barquillas de cuero, con las cuales recorrieron la costa del islote y otros inmediatos, en busca de los restos de algunos navíos perdidos; pero nunca hallaron nada. El fondo del mar era por aquellas partes escaso, no pasando en algunas de cinco brazas, lo cual les facilitaba el medio de poder examinar, sin grandes dificultades, aquel archipiélago de cayos y bancos de arena perdidos en el Océano. Alimentábase de huevos de tortuga y de lobos marinos, sobre cuyos pieles curadas dormían vestidos en el islote que mejor les parecía. Hé aquí la relación que de su penosa existencia en aquellos escollos hace el maestro Juan:

«En esto mi compañero y yo hicimos dos torreones, uno á la banda del Sur y otro á la del Norte, de piedra seca, sin otro betúman, que tenía cada uno de ellos diez y seis brazas en torno y cuatro de alto, con sus escaleras, y desde allí nos subíamos á divisar el mar. En el uno poníamos leña de la que conservábamos de los despojos del mar y otras cosas para hacer humada, á fin de que fuéramos vistos de algun navío si acaso pasase. Hicimos un estanque de 22 brazas de pared para tomar pescado, y la piedra con que se construyó todo esto la sacamos del mar: porque en la isla no había sino arena. También sacamos piedra de la cual hicimos sal. Levantamos á más una ensa, cubierta de cueros, donde nos

* A don Juan V. de Escobar, que murió en 1622, atribuye el vizconde de Alenquer el relato que aquí se inserta, inserta en el tomo III de su *Historia*, pag. 159. Fue *gubernante* *de* *la* *isla* *de* *la* *Serrana* *de* *las* *Antillas* *de* *las* *Indias* *de* *España*. Según acertadamente el escritor portugués, que de Glasgow en la obra que citamos, es un relato que se refiere á un naufrago que se hizo en las costas de la isla de Santa Cruz, entre cuyos habitantes se halla un escocés. Sin embargo, el escritor portugués, que de Glasgow en la obra que citamos, es un relato que se refiere á un naufrago que se hizo en las costas de la isla de Santa Cruz, entre cuyos habitantes se halla un escocés. Sin embargo, el escritor portugués, que de Glasgow en la obra que citamos, es un relato que se refiere á un naufrago que se hizo en las costas de la isla de Santa Cruz, entre cuyos habitantes se halla un escocés.

DECORACION DEL ACTO PRIMERO DE LA OPERA "MIGNON", EN EL TEATRO Y CIRCO DE MADRID.





DON ANTONIO CARALLEO DE RODAS, ACTUAL CAPITAN GENERAL DE LA ISLA DE CUBA.

recogíamos, y nuestro vestido y ropa para dormir eran asimismo de pieles. En los cinco meses del año sacábamos del arena, junto al mar, huevos de tortuga, los cuales sacábamos y aderezábamos de manera que nos sirviesen de alimento en aquellos cinco meses de invierno; algunas veces comíamos de los cuervos que venían allí, y cuando no, otras cosas no las había sino raíces de una yerba que parecía casi verdolagas."

Esta es la vida que pasaron por espacio de ocho años, amparándose mutuamente en sus enfermedades y desfallecimientos de espíritu. Lo que mayor tormento les daba era el abundante número de cangrejos y caracoles del mar que de noche les asaltaban, produciéndoles una picazón irresistible, y obligándoles, para librarse de sus molestias, á hacer de la noche día y del día noche. La desesperación de su ánimo, sus preocupaciones, engendradas y renovadas en la soledad, se revelan en esta aventura pavorosamente ridícula que enenta con candor casi primitivo el sobreexcitado maestro Juan, y cuyo recuerdo le perseguía aún mucho después de haber mejorado de fortuna y roto su prisión de escollos:

"Estando cansados de la sed, que había tres días que no habíamos bebido y á esta causa no nos habíamos uno á otro, sino cada uno por su parte rezando, y yo sentado á la sombra de nuestra casilla haciendo un anzuelo, quejándome á Nuestro Señor, diciendo que había ocho años que estaba desnudo y descalzo en aquel desierto en que no había ningún mantenimiento, que bien fuese servido de me sacar de este mundo ó á tierra de cristianos, con aquella pasión dije:—Puesto que Dios no me quiere sacar, síqueme el diablo y ahí acabaré mi vida." Cuál no sería la sorpresa y el espanto del pobre Juan, cuando por la noche vió, en efecto, al enemigo malo pegado á la casilla, en una forma horrenda, con una nariz muy roma, echando por ella y por los ojos fuego infernal, con los pies como de grifo, las piernas de ser humano, la cola de marciélagos, los cabellos muy negros y dos cuernos no muy largos. Alborotado, lleno de terror y confuso, llamó á voces al maestro Juan á su compañero; tomaron una cruz de cedro que habían hecho para sus devociones cotidianas, y recorrieron la isla en todas direcciones, sin encontrar rastro ni huella del demonio. "Sólo á los quince días—refiere amedrentado el infeliz naufrago, á quien el hambre, y la sed, y la vigilia y la aflicción tenían por lo visto agitado y febril,—me tomó de noche un muy grande espanto, y no vi nada, sino que oí pisadas; y dos veces después me tomó asimismo espanto de noche, no viendo nada."

En esta situación vivieron, como hemos dicho, ocho años, hasta que por fin el cielo se apiadó de sus desgracias, y un día, víspera de San Mateo, vieron venir hacia donde estaban una nave á toda vela. Inquietos, pero animados con aquella dulce esperanza que por la primera vez, después de tanto tiempo, les sonreía, encendieron en uno de los torreones una gran luminaria, la cual vista á tiempo por los de la nave, hizoles torcer el rumbo hacia el islote de la Serrana. Ya cerca, echaron el bote al agua, y en él saltaron á tierra el piloto y los marineros; recogieron á los naufragos, no sin que el escribano del buque diese ántes testimonio de todo; vistieronles y los condujeron á la Habana, donde el adelantado D. Pedro de Alvarado, compadecido de la triste historia de aquellos infelices, los regaló y favoreció generosamente.

Tal es la relación verídica del maestro Juan, cuyo apellido no me ha sido posible averiguar, y del cual no vuelve á hallarse memoria alguna en América, pues según consta, regresó á España poco después de haber recobrado su libertad, encadenada por tan largos años en un escollo hasta entonces desconocido; relación que parecería fabulosa y una pura invención de la fantasía, si no atestigüase así exactamente el documento original, depositado, como hemos dicho ántes, en el archivo de Indias, y de cuya autenticidad respondemos á nuestros lectores.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

MONEDA CORRIENTE.

VIAJE Á TRAVÉS DE ALGUNAS PREOCUPACIONES ESPAÑOLAS.

POR

LUIS DE EGUÍLAZ.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

Hará la friolera, así como de unos ciento y pico de años, que una joven, camarista de la reina de España, niña de rico dote, rancios pergaminos y no mal parecer,

fué prometida en matrimonio por sus padres á un título de Castilla, más rico que ella, eso sí, que aunque tan rancio en lo que á pergaminos toca, éralo mucho más en lo relativo á su persona; pues por más que el peluquero y el aistre se esmeraban en el aseo y compostura de su cuerpo, bien se dejaba ver que había galaneado allá por los felices tiempos del rey D. Felipe IV, de literaria y artística memoria. Súpole mal á la niña esto de dar su mano al discreto contemporáneo de Calderón; y como entre los guardias de S. M. hubiera uno joven y barbudo, aunque ni tan rico ni tan noble como el que el desvelo paterno le preparaba para marido, que solía enamorarla á lo Gerardo Lobo, cosa mucho más en armonía con el espíritu del siglo, determinó de concertarse con él y dar entre los dos al traste con los amores calderonianos del título de Castilla y con los matrimoniales proyectos de los papás, que ya por entonces el uso comenzaba á poner en moda esta palabrilla. Entre sí hacíamos esto á lo otro, el tiempo corría; y como los amores y el dinero no pueden estar ocultos y las camaristas todas eran curiosas á maravilla, hubo una que cierta noche observó que del cuarto de doña Fulanita salía á deshora un hombre, cuyo rostro no pudo ver; pero que por el traje conoció al punto que debía formar parte del distinguido cuerpo de Guardias de Corps de S. M.

Verlo ella y saberlo el palacio entero, todo fué uno. Los padres, atribulados, corrieron al rey á fin de que dictase providencia, con la cual se remediara la enalveada de la hija y tuviera efecto el anhelado casamiento, pues á ellos todo lo que les ocurría era dar con la prenda de su corazón en un convento, trasquilarla bonitamente y hacerla profesar quieras ó no quieras; pero si bien por este medio quedaban precavidos escándalos futuros, ya se les alcanzaba que nunca habían de llegar por él á tener un yerno título de Castilla. Dijo el rey que lo mejor sería amonestar á la muchacha, á lo que la madre objetó, con el debido respeto, que ella conocía á su hija por haber sido idéntica á ella en sus mocedades; por lo que pensaba que, habiéndosela puesto una cosa entre ceja y ceja, tanto caso haría de los paternales sermones, como ella había hecho de los maritales; en lo que hubo de convenir el padre y hasta el mismo rey, en vista de tal conformidad de pareceres. Determinóse, pues, que averiguado que fuese quién era el causante de tales trastornos, se diera con él en el alcázar de Segovia, de donde no saldría hasta el día siguiente de haber entregado su mano la bella camarista al antiguo galán de capa y espada. Pero hete aquí que desde que esto sucedió, al guardia, enterado sin duda de la trama, no volvió á aportar por el cuarto de la niña, y como ésto se negase á decir su nombre, y no fuese cosa más hacendera buscar un guardia de Corps en palacio que dar con un estudiante en Salamanca, de nada sirvió proyecto tan bien fundido; y la niña seguía tan encalabrada como ántes, y los padres devanándose los sesos para averiguar quién era el que les privaba de ver una corona de marqués ó conde en el esendo de sus nietezuelos.

Gozaba por entonces nuestra patria la dicha de tener al frente de sus destinos uno de esos ministros activos y celosos que, comprendiendo la alteza de su misión, en todo están y á todo acuden y para todo recursos hallan. Harto S. M. el rey de oír lísticas á los padres de la camarista, y no sabiendo cómo remediar sus males, llamó un día al ministro, y encerrándose con él en la real cámara, enderezóle estas á parecidas razones.

"Fulano, ya sabes los días de perros que Fulanita está dando á los que al mundo la echaron; y fuerza es que este asunto término tenga, y que descubramos quién es ese maldito guardia, á fin de que, encerrado en Segovia, no levante de cascos á la machacha y ésta consienta en ser esposa del conde Mengano. A ti, que tanto sabes de esto de gobernar pueblos, alcanzársete debe modo con que esto se consiga, y en esa familia haya gobierno; y ten en cuenta que el que esta justicia se lo haga me interesa en gran manera por los grandes y señalados servicios que á mí y á mis antecesoras prestados lleva, puesto que varon de esa casa es de tiempo inmemorial el encargado de presentar el sombrero á los de la mia cuando aslen á paseo, y hembra de la misma que á las reinas de Castilla da el abanico en los días de recepciones solemnes.

—Señor, contestó el ministro, uso que vuestra majestad desearé yo, en un periquete, si la real autorización recibe para obrar en el asunto como bien me plazca.

—Obrá como si mi misma persona fueses.

—Pues aquí no hay más que encerrar á esa ofiça en una de las habitaciones de palacio que había *la punta del diamante* caen, cuidando bien de que con nadie hable al par que de esparcir en la casa la noticia de enál es su prisión, para que á conocimiento del galán desconocido llegue. Esto conseguido, no hay duda alguna que

pasará por debajo de la ventana de su dama á fin de ver si logra comunicar con ella; y como sus padres tuvieron la mala idea de enseñarla á leer y escribir, dejando como al desenido en la estancia en que la encerramos papel y pluma, es imposible que no le ocurra enjaretar una epístola que arrojar desde arriba al señor de sus pensamientos, apoderados de la cual vendremos á saber quién ésto es.

—Con razón te elegi para hacer dichosos á mis vasallos, que vales más plata que pasas, dijo el rey admirado de la expedición de su ministro favorito; mas me ocurre una dificultad, y estriba ésta en no saber cómo la carta, que la camarista escribirá sin duda, ha de venir á nuestras manos.

—De muy fácil manera, contestó el ministro, más vano que un pavo real con la augusta aprobación. No hay más que colocar un centinela de día y de noche en *la punta del diamante* con la consigna siguiente: "Si caen unos papelitos desde la ventana tal, cógelos y llama al cabo de guardia que te releve, y corre á entregarlos al capitán." Como de un soldado que está de facción nadie puede sospechar que en asunto de esta clase se entrometa, ni el galán ni la dama se recatarán del centinela, y el resultado es infalible."

Iguero si el plan del ministro surtió ó no el efecto que se proponía; mas lo que sí puedo decir á mis lectores es, que cuando en 1854 la improvisada Milicia Nacional de la revolución relevó á la fuerza del ejército que daba la guardia de palacio, el soldado que hacía centinela en *la punta del diamante* dijo al miliciano que en el puesto le sustituía: "Si caen unos papelitos de aquella ventana, cógelos y llama al cabo de guardia que te releve, y corre á entregarlos al capitán."

El respeto á la tradición y el cuidado de no alterar en nada el servicio de Palacio había hecho que después de más de un siglo siguiera vigilándose á una camarista, que por larga vida que alcanzase, hace muchos años que había dejado de existir. Desde aquel tiempo acá, todos los inviernos han muerto helados por el viento glacial de Guadarrama en aquel punto, el ménos abrigado de Madrid, dos ó tres centinelas. Por seguir parecida rutina en Cataluña, han corrido durante años y años arroyos de sangre por las calles de Barcelona.

Saca consecuencias, lector.

La consecuencia que yo saco de lo que dejo escrito es, que no Barcelona, sino las anónimas autoridades que á esta hermosa ciudad ha enviado durante mucho tiempo el Gobierno central, han sido los bullangueros. Si tú, lector, piensas lo mismo en virtud de los hechos, no tenemos ya nada que hablar respecto á la idea que en este punto tiene España entera formada de esos pacíficos y laboriosos catalanes.

Mucho de respetable tienen las tradiciones; mas es necesario que ampecemos á ver que tradición y rutina son cosas bien diferentes.

VI.

Sentado que Cataluña es un país poco amigo de trastornos y pronunciamientos, lo que no pueda negarse, porque así desde que al mundo fuimos echados lo sabemos los españoles todos, es que los catalanes son un pueblo que sólo de la vida material se ha ocupado y se ocupa, sin que en él haya un átomo de poesía ni nada que con la existencia del espíritu tenga relación. Son gente trabajadora, sí señor: eso negárselos no puedo; mas en todo aquello que no sea sacar producto de una tierra por lo general ingrata, ó fabricar objetos que su comercio alimenten y den pan á sus numerosos obreros, no busque Vd. á los catalanes, porque olvidado tenemos que así se ocupan ellos de ciencias, literatura y artes, como el resto de los españoles de emanciparse del tributo que á la industria extranjera paga.

¿Que significa que en Barcelona haya una catedral, y una Santa María del Mar, y un claustro de San Pablo del Campo, modelos del arte gótico y bizantino? En cambio el resto del principado está lleno de iguales ó superiores monumentos, que al fin y al cabo no prueban á la suma otra cosa, sino que en Cataluña la arquitectura ha rayado muy alto, lo cual después de todo ignoraría la generalidad, si Barcelona no hubiese producido un Piferrer que tradujese al lenguaje del libro esa soberbia epopeya de piedra, escrita en la faz entera del territorio que rigieron los antiguos condes soberanos.

Nada produce Cataluña en pintura y uscultura; es una verdad tan inconcusa, que ha pasado á ser axioma incontrovertible. Por eso en la segunda de estas artes obtienen casi siempre los primeros premios artistas catalanes, y por igual razón son admirados en Madrid y

París Sanz y Mercader, que profesan la segunda, y pasa en Roma por uno de los primeros pintores del mundo su paisano Fortuny. Mas aunque éstos que citados dejo, y otros muchos que no cito, hayan visto la luz en Cataluña, ¿para razon suficiente este hecho casual para horror la idea tan generalizada de que los hijos de aquella region industrial y mercantil son refractarios al arte? ¿Y aun cuando se probara que hacen allí pintores y escultores, contra lo que la comun opinion afirma, ¿podría sacarse de aquí otra consecuencia que no fuese la que así como fabrican telas de algodón, saben los catalanes fabricar muñecos?

Nada digamos de la música. Si Piferrer, que era un crítico de tres al cuarto, encontró sublimidad en *Los Batachieros* del malogrado Cuyás, al fin trabajaba al encomiar esta ópera *pro domo sua*, puesto que su elogio enaltecia la memoria de un hombre nacido en la misma provincia en que él respiró el aire primero; y aun cuando Cuyás hubiera sido un génio, las excepciones nada dicen contra la regla. Bien es verdad que desde hace mucho tiempo, el teatro de Santa Cruz primero y el del Liceo después han sido verdaderos templos del arte musical; mas si los catalanes acuden á ellos, no es porque el arte de Rossini los deleite, sino por hacer que los habitantes de las demas provincias los tengan por gente de buen gusto; y si en fábricas y talleres entonan los obreros con notable afinacion los coros de las más notables y difíciles obras del arte alemán ó italiano, consiste sólo en que en aquella tierra anti-artística y ruda suele tener la gente buen oído y afición á cantar, lo cual nadie ha negado, puesto que todos sabemos que la mayor parte de los cantantes españoles han venido al mundo en tierra catalana.

Ello no puede ponerse en duda que Anselmo Claré, de simple obrero que era, se ha transformado en un maestro *sui generis*, y que por la originalidad de su música merece ocupar un lugar preferente entre los artistas de la península. Pero con esto, ha conseguido algo más que crear en España un espectáculo nuevo con la formación de esas corporaciones autárquicas, que después de todo no son más que un trasunto de las sociedades corales ó orfeones, que tanto nos entusiasman cuando en el extranjero los oímos.

Y si esto en Cataluña pasa con las artes que citadas dejo, ¿qué diremos de su literatura? Todo el mundo sabe que no fué allí donde su morada fijó la gaya ciencia; que la lengua que en sus montañas se habla no es la lengua de los trovadores; que los juegos florales y las cortes de amor no tuvieron allí su asiento. A otras ciudades, que no á Barcelona, acudían el jaglar y el ministril á recibir de manos de la reina de la hermosura la cigarra de plata, que en el birrete de grana habían de ostentar con orgullo; otros soberanos, que no los condes, fundaban los consistorios y hacían para ellos leyes y honraban á los maestros del gay saber. Mas suponiendo que todo esto pasara en la grosera patria de Vifredo el Velloso y Cap de Estopes, ¿probarían estas fiestas cortesanas una verdadera cultura pública? ¿Tendría por eso el pueblo catalán ese amor á las letras, que artificialmente adquirido habían por el comercio con extranjeros sus condes soberanos y barones feudales?

Al llegar á este punto me es imposible seguir usando el tono sarcástico en que hasta aquí escribiendo venia. Ninguna literatura popular, aun incluyendo la castellana, pueda competir con la de Cataluña. Conócense hasta ahora sólo los romances que ha publicado el erudito Milá, que aunque pocos bastan, no obstante, á formar una altísima idea de lo que en este género ha producido el principado. Cuando ves la luz al romancero, que con incensable celo y sin igual constancia compila el señor Aguiló, recogiendo las joyas literarias de aquella tierra clásica de las trovas, de aldea en aldea y de caserío en caserío, podrá juzgarse de si mi aserto es ó no exagerado. Aguiló es el Duran de Cataluña, y su obra figurará ventajosamente al lado de la que legó á Castilla nuestro gran crítico.

Pasa en España por moneda corriente entre el vulgo, que todo catalán de nuestros días es *ipso facto* fabricante de tejidos de algodón, y que sólo cuenta entre sus antepasados rudos y belicosos almogabares como los que Roger de Flor y Berenguer de Entenza llevaron á la victoria, ó caballeros de las montañas y los bosques como Roque Guinart ó Juan de Serrallonga. ¿Cuándo terminarán estas groseras preocupaciones, hijas de una tradición equivocada? ¿Cuándo conoceremos á fondo nuestro país, ya que tanto cuidado ponemos en tener una idea exacta de los extranjeros? Esa Cataluña rebelde es el pueblo más apacible y tranquilo del mundo: esa Cataluña anti-artística y materializada es acaso la comarca española en que se ha remitido al arte culto más ferviente y entusiasta.

Esto aprendí en los viajes que hice á través de aquella region hermosa y hospitalaria, que encierra los más bellos recuerdos de mi vida de hombre y de poeta. Lo que siento escribir, y el respeto que la verdad merece es el sólo impulso que guía mi pluma, siempre libre é independiente como el aire que respiran los habitantes de las verdes montañas, donde sólo como una gloriosa memoria de lo pasado resuena el terrible ¡Desperta, ferro!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LOS VOLUNTARIOS CUBANOS.

Si legítima es la desconfianza, y abundante y sana la doctrina en que se apoyan las escuelas conservadoras para limitar á las muchedumbres la intervencion directa en los asuntos generales del país y el uso regular y continuo de la fuerza pública, preciso es reconocer que existen momentos supremos en la vida de los pueblos en que es insuficiente la aplicación de las fuerzas normales del Estado y estéril el desarrollo de la accion gubernamental; necesitase entonces del entusiasmo público, de la ayuda de las multitudes, del esfuerzo, en fin, y de la voluntad de todos.

Repárese en la conducta observada siempre que ha habido que remediar males que agitaban hondamente la organizacion de un país, estudiase con esmero la forma en que se han atajado los grandes conflictos, y por cima de las diferencias que crea la diversidad de instituciones políticas y los hábitos y aspiraciones de cada nacionalidad, se verá continuamente predominar esa tendencia, que no obedece á los principios de ningún sistema, sino á las condiciones naturales de toda organizacion social.

Así sucedió en Francia cuando las monarquías tradicionales intentaban sofocar los principios de aquella inmensa revolucion; así procedieron los gobiernos alemanes para conservar la nacionalidad que se les disputaba; así logró el pueblo español la heroica lucha que mantuvo su independencia; faltaban medios de gobierno y resistencias organizadas de un modo regular, y se basó en el patriotismo de cada ciudadano y en el ámplio desarrollo de la accion individual, los elementos de defensa que no había sabido disponer la autoridad que representaba entonces los intereses generales del país.

Ya sabemos que se nos dirá que esta alteracion de los principios en que descansa el gobierno, es causa por lo comun de perturbaciones políticas; que este sistema en que se apela á la iniciativa del mayor número para reemplazar el ejercicio regular de los poderes públicos, es originado más que otro alguno á promover disturbios que merman el prestigio de la autoridad; pero si se considera despacia las ventajas que proporciona, si se tiene en cuenta los conflictos que resuelve y las soluciones que precipita, necesario será reconocer que es generalmente eficaz su aplicación y provechosos sus resultados.

Considérese, si no se está conforme con estos juicios lo ocurrido recientemente en la isla de Cuba; examínese con detencion el desarrollo del movimiento insurreccional y los medios con que se ha vencido, y aunque seamos los primeros en reconocer la parte que ha cubido en este triunfo al ejército español y á las autoridades que le han mandado; aunque estimemos en lo que vale la política discreta seguida en los primeros meses por el gobierno provisional, imposible nos es reconocer que si la isla de Cuba continúa aún formando parte de la nacionalidad española, al esfuerzo de sus habitantes se debe, y al empeño con que han sabido mantener los derechos de nuestra patria y las aspiraciones de la generalidad.

Se habían propagado, merced al deplorable abandono de la península, las fuerzas con que contaba la rebelion; comenzaban á germinar en varios pueblos partidas que explotaban el descontento causado por la reforma hecha en el sistema tributario de aquel país; carecía la autoridad de recursos de todo género con que hacer frente á las eventualidades de la lucha, y habría sido peligroso emprender la campaña en aquellas condiciones, si no se hubiera contado con las simpatías generales de la opinion pública; pero se conocía de antiguo el patriotismo de aquellos españoles, se sabía que estaban dispuestos á sacrificarlo todo por mantener la integridad del territorio, y se apeló á los sentimientos populares de la multitud, buscando en la passion, causada por las alteraciones políticas, los medios que habían de fortalecer la autoridad española.

Representacion de esta tendencia, testimonio de las verdaderas aspiraciones del partido español, han sido sin duda los batallones de voluntarios que se organizaron casi simultáneamente en todos los distritos de la Isla

de Cuba. No habían sido llamados por el Gobierno, no tenían hábitos ni afinidades que les hicieran simpáticas las tareas de la vida militar, y sin embargo, el sentimiento de la necesidad comun y la gravedad de las circunstancias que atravesaban las Antillas, los hace abandonar las faenas de su ocupacion ordinaria y prescindir de sus diferencias políticas, para acordarse sólo de que eran hijos de una nacion grande y poderosa que tenía comprometida su honra al otro lado del Océano.

No tratamos de examinar todos los actos de los voluntarios de Cuba; ajeno es de nuestro propósito examinar si ha suscitado algunas exageraciones censurables la passion con que defienden los derechos de nuestra patria; pero lo que si afirmamos en absoluto, lo que estamos seguros de que no hallará en nadie justificada negativa, es que la significacion política de los voluntarios es únicamente el deseo de mantener en las provincias ultramarinas nuestra nacionalidad, y el predominio de los intereses españoles.

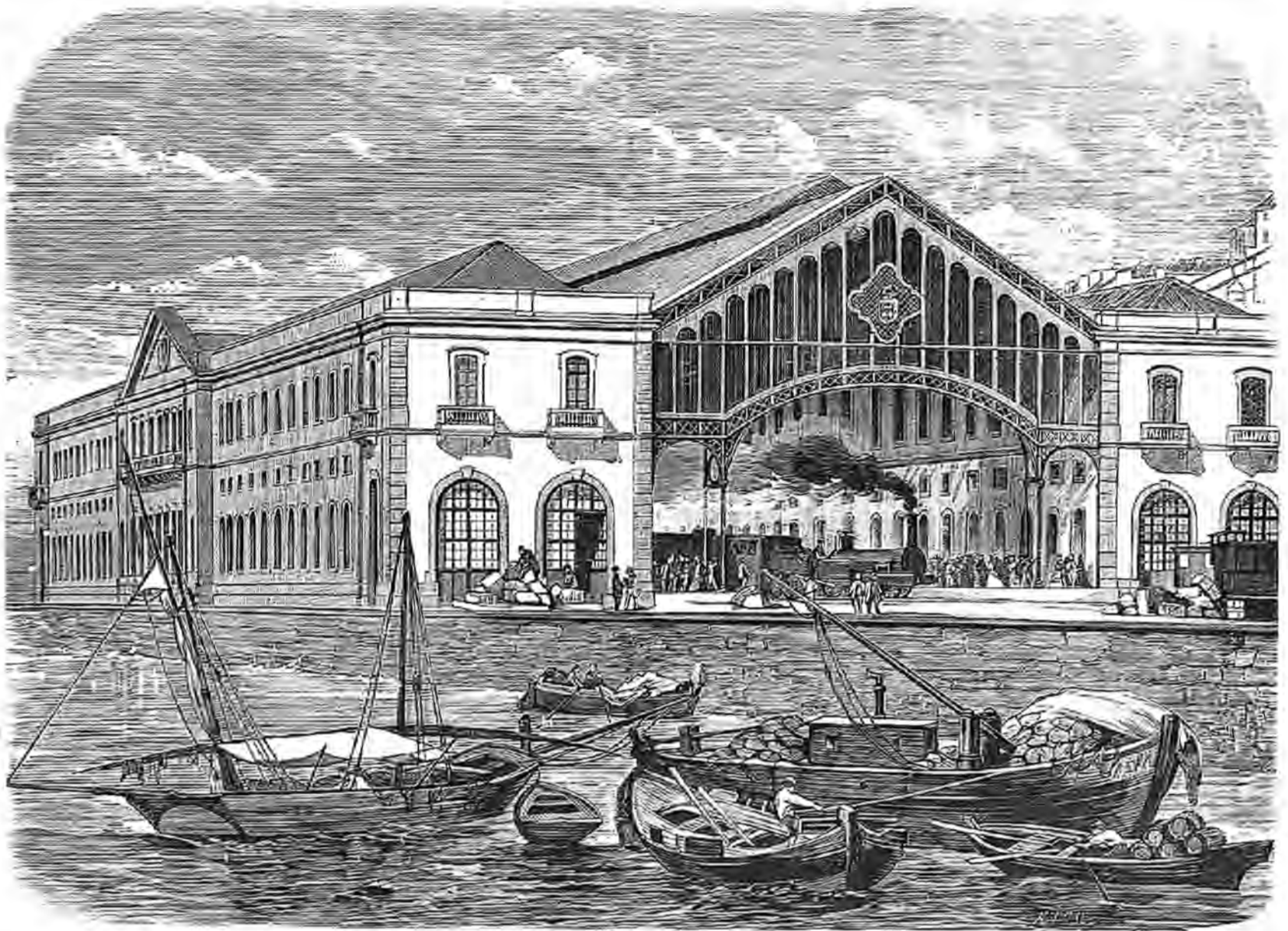
Se agitan en 1850 los elementos hostiles al Gobierno, se descubre la conspiracion de Lopez que aumentó grandemente los temores de la poblacion local; y el desasosiego de los espíritus y la inquietud del general Roncali, encargado entonces del mando superior, hizo que se buscasen garantías y que se apelara á recursos extraordinarios, y no se halló ninguno que realizara mejor las aspiraciones de todos que el llamamiento á los vecinos de cada pueblo para constituir cuerpos de seguridad local. Ocurren posteriormente en 1852 nuevos disturbios causados por la conspiracion de Pintó, se reconoce otra vez la ineficacia de los medios normales de gobierno con que cuenta la autoridad para devolver la tranquilidad á la isla, y se busca nuevamente en la organizacion de fuerzas voluntarias los medios de vencer rápidamente el movimiento insurreccional. Pronto tuvo ocasion de convencerse el general Concha del acierto de su medida; los cuatro batallones que organizó, cubrieron en pocas horas el número de las plazas que los constituían, y el contento con que cumplieron sus deberes y la confianza que inspiraron á la capital, fué seguramente el mejor testimonio de los servicios que habían de prestar á la causa que representaban.

La terminacion de la lucha trajo, sin embargo, consigo el ejercicio normal de las autoridades, y como los individuos que componian esos cuerpos pertenecian á clases que necesitan de su actividad y su trabajo, abandonaron las faenas de un servicio que las circunstancias hacian innecesario, comenzándose desde entonces á notar tal decadencia en los batallones, que apenas existia uno en 1868 que pudiera contar con los individuos necesarios para formar una compañía.

Las circunstancias por desgracia hicieron renacer con poderosa vitalidad los cuadros de voluntarios cubanos; iniciada la rebelion de Yara y necesitada la autoridad de fuerzas que sustituyeran la falta del ejército, autorizó inmediatamente á los coroneles de las fuerzas nombradas anteriormente, para que las reorganizaran, dando entrada á los individuos que fueran necesarios para completar su número. La guerra, sin embargo, adquirió proporciones considerables, los sucesos de la península contribuyeron también á debilitar el prestigio del general Lerandí y á mantener insensatas aspiraciones, y fué preciso que se aumentaran tres batallones más de voluntarios de infantería.

Escasas eran, no obstante, las fuerzas del ejército, y lento el alistamiento que se hacia en la península para la urgencia con que reclamaban su castigo los desmanes de los insurrectos; gravísimo era por otra parte abandonar á la Habana, que por su situacion geográfica y por la importancia de su poblacion absorbe la vitalidad política de toda la isla; pero como se tenía seguridad perfecta de la lealtad de las fuerzas que se organizaban con elementos populares, se hizo salir de la capital á la parte de ejército que la guarnecía, sustituyéndola para todos los servicios con los voluntarios ya formados, y con dos batallones más de artillería, un escuadron de caballería y otro de guías del capitán general que se organizaron despues.

Vemos, por lo tanto, que este desarrollo respondía á una necesidad sentida igualmente por todas las poblaciones y por todos los ciudadanos que tenían interesadas sus fortunas en la prosperidad general; de aquí que se organizaran cuerpos más ó menos numerosos segun la importancia de los pueblos en que se establecian, y que se constituyese una legion extranjera, compuesta en su mayor número de alemanes y franceses, que querian ofrecer con esto un testimonio de su adhesion á la bandera española. Los peligros eran comunes, la ruina de aquella Antilla era indudable con el triunfo de la insurreccion, y justo era que cuantos habían vivido al abrigo de su sosiego y prosperado con su riqueza, acudieran sin



ESTACION DE SANTA POLONIA EN LISBOA.

distinción de nacionalidad á salvar la paz de sus hogares y el patrimonio de sus hijos.

Hemos expuesto, aunque harto someramente, la forma en que los elementos populares de las Antillas han constituido una poderosa institución defensora de nuestros intereses, y suplido en muchos casos la acción regular de los poderes constituidos; si se han realizado los propósitos que los animaban, si efectuaron una provechosa reacción en favor de España, no seremos nosotros quien lo afirme; mejor que nuestras palabras lo dirá sin duda el hecho de no haber encontrado los insurrectos una sola población donde no hayan hallado la heroica resistencia de los voluntarios cubanos. Manzanillo, Trinidad, Holguin y las Tunas, asediadas largo tiempo por las correrías de los rebeldes y huérfanas de la protección del ejército, habrían sido sin duda víctimas de sus excesos y consideradas como centro del gobierno insurreccional, si sus habitantes no hubieran acudido en masa á sostener con su esfuerzo el pabellón que se intentaba arrancar, la nacionalidad que se pretendía destruir. La Habana misma, que participa del prestigio con que se mira la autoridad del capitán general, la Habana que es el centro de la población peninsular, hubiera visto también á nuestros enemigos enseñorearse de alguna parte de su jurisdicción, si los voluntarios no hubiesen arrancado en el teatro de Villanueva la máscara reformista con que se cubrían los partidarios de la rebelión.

No existe, por lo tanto, un sólo hecho, un acto cualquiera en que hayan intervenido, en que no se vea muy de hulto que aun en sus exageraciones, obedecen sólo al generoso propósito de mantener en aquellas provincias el prestigio del nombre español y la influencia que tenemos el derecho de ejercer por tantos títulos en todo el continente americano.

Confesamos sinceramente que ha habido momentos de peligro en la situación de Cuba y temores que hallaban en la importancia de los sucesos una cumplida justificación; pero á nuestro juicio, estas vacilaciones quedaron destruidas por completo, cuando organizados espontáneamente los voluntarios cubanos, pudo contar España el crecido número de sus partidarios y apreciar por su conducta la decisión con que estaban dispuestos á defenderla: los insurrectos hubieran podido combatir

contra España sola, dividida por sus luchas políticas y agitada por una revolución radical; pero, ¿cómo podían arrancar del corazón de nuestros hermanos los sentimientos de su lealtad? ¿Cómo lograban destruir la protesta de la opinión pública?

Y es que, preciso es reconocerlo, el partido español es la única tendencia verdaderamente popular en las Antillas, y la fuerza de los voluntarios su inmediata representación; por eso han corrido victoriosas las armas españolas, por eso seguirán triunfantes, por eso no podrán ménos de prevalecer.

Intenten lo que quieran los rebeldes cubanos, conspiren y trabajen porque se adopte una política imprudente, incendien y devasten la riqueza de los leales, trascurrirá quizás algun tiempo, se aumentará el número de los mártires que ya se lloran, pero nada conseguirán; la fuerza está al servicio del derecho, y el curso de los sucesos humanos no puede cambiar las leyes inquebrantables de la justicia; los insurrectos serán vencidos y las lágrimas derramadas, las ciudades convertidas en ruinas y todos los progresos detenidos, serán una severa lección que enseñe en lo venidero lo infecundo que son para la prosperidad de los pueblos las violentas trasgresiones del derecho y el repentino abandono de los principios tradicionales de una nación.

En cambio nuestros hijos, al oír relatar la leal adhesión de la mayoría de los cubanos, el número de sus sacrificios y la conducta generosa que observaron en circunstancias tan difíciles, volverán su atención llenos de simpatía hácia la historia de estos sucesos, y al estudiar las causas que conservaron española la más rica de las Antillas, separados de las agitaciones políticas del momento y ajenos á las pequeñas pasiones que dominan en la actualidad, apreciarán en lo que valen los sacrificios hechos, prescindirán de la pasión que hace ver con animosidad cuanto se opone al realizamiento de las propias convicciones y no podrán ménos de afirmar con nosotros, que los voluntarios han salvado la integridad de la patria y la honra de la bandera española.

F. DE LAIGLESIA.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

por

JOSE FERNANDEZ BREMON.

(Continúa.)

—Malo será que ayudado del sastre, del peluquero y del dentista, no consiga entretener mi cautiverio con alguna conquista ya empezada bajo otras formas, ó me apodera al ménos de algun corazón cuarteado por los años.

Decidido por Luciano este andaz proyecto, escribió algunas cartas y recibió visitas misteriosas. Pocos días despues, salió á la calle como nuevo. Es verdad que al hallarse en plena luz, palidieceron los colores y desentaron algunas pinceladas; pero á cierta distancia Luciano era un buen mozo; más de una niña solitaria le dirigió miradas melancólicas desde un piso tercero.

Cruzó algunas calles con aire de calavera, erguido y descarado; pero su marcha triunfal hubo de contenerse por la debilidad de sus piernas entumidas; acaso le hizo desistir de alguna aventura amorosa la ligereza con que caminaba la dama en quien fijara sus deseos. Luciano comprendió, despues de un breve ensayo, que no estaba en disposición de cazar corazones al vuelo, y se decidió á visitar á D. Braulio para tener noticias de Clotilde.

Pocos pasos habria dado cuando se encontró frente á frente con Carlota.

Esta palidieció y se quedó inmóvil. En cualquier ocasión la hubiera impresionado vivamente el encuentro con su marido; pero mayor fué su turbación al tropezar con D. Braulio tal como habia sido veinte años ántes, época de su boda. Dominando su sorpresa, bajó los ojos y prosiguió temblorosa su camino: una fuerza irresistible la hizo volver la cabeza, creyendo que D. Braulio continuaría su paseo indiferente; pero D. Braulio se habia detenido y la miraba sonriendo.

Carlota tuvo miedo de aquella sonrisa que parecia horriblemente sarcástica. Sin embargo, Luciano se sonreís sin afectación, conociendo la impresion que producía en Carlota y dominado por una idea romancesca.

—Está escrito, decía mirando con atención a la pobre mujer, que nuestras almas han de tropezarse en todas partes: lo extraño es, que apesar de semejantes coincidencias, no puedo dar importancia a su cariño.

Entretanto, Carlota trataba de alejarse; pero el terror apenas la permitía dar un paso.

—Anda despacio, como invitándome a seguirla: pues apuremos la aventura. Si D. Braulio me ha sido infiel, como sospecho, qué sorpresa la suya cuando se encuentre desbancado.

Carlota volvió a mirar, y su espanto no tuvo límites al notar que D. Braulio la seguía.

—Mira otra vez, pensó Luciano: esto camina viento en popa.

En aquel momento cruzaba un coche de alquiler, y la cerrada Carlota le hizo detenerse. Luciano, que la alcanzó en el mismo instante, tendiéndola una mano con galantería, se permitió una presión respetuosa: la verdad es, que sin su auxilio, Carlota no hubiera podido subir al carruaje, dominada como estaba por las emociones más violentas.

Luciano se inclinó profundamente, explicándose las miradas y conducta de la dama del modo más favorable a su persona. Después dió al cochero las señas, observando el efecto que causaba en Carlota esta particularidad interesante.

¡Oh júbilo! Carlota no dió señal ninguna de disgusto.

Entonces, acercándose otra vez a la portezuela, dijo con el acento más amable,

—Aunque temo estorbar en su casa, Carlota, tenga usted por anunciada mi visita.

La pobre mujer, sin darse cuenta de lo que la pasaba, se dejó caer sobre los almohadones medio muerta.

Y Luciano, orgulloso con su conquista, volvió a erguir la cabeza y se entregó a las más risueñas ilusiones.

Media hora más tarde salía Luciano de su verdadera casa, sin haber podido encontrar a D. Braulio. En cambio debió tener otro encuentro muy desagradable, porque su rostro estaba alterado, y sus manos estrujaban con ira un paquete de cartas.

—Felizmente puedo ver a Clotilde y darle un buen consejo. Ahora adivino por qué el miserable D. Braulio evita mi presencia; decía Luciano, dirigiéndose a todo el andar de sus débiles pies hacia la casa de su futura suegra.

—¡Voto va! no creía que Clotilde pudiera confundir mi alma con la de ese viejo hipócrita, ni dejar de conocer la mía a través del trasparente cráneo de D. Braulio.

Y Luciano caminaba jadeante, como quien teme acudir tarde a una cita urgente: su rostro iba inundado de sudor cuando llegó al portal cuya entrada le estaba prohibida siempre que se presentase en su estado natural. Antes de llamar a la puerta, se pasó el pañuelo por el rostro, y se detuvo algunos instantes para serenarse.

Los criados le miraron con asombro, y hubo de decir su nombre porque le desconocían; al ser introducido en el gabinete, primeramente vió que allí no estaba Clotilde; luego observó que el gabinete estaba lleno de gente y su entrada producía un verdadero alborozo.

Un espejo le hizo saber la causa de tan extraño regocijo.

El calor y la humedad habían derretido las pastas y mezclado los colores de la mejilla y del bigote. El pañuelo, a manera de esponja, había borrado todo el rostro, y la cabeza de D. Braulio parecía uno de esos moldes de madera destinados a sostener una polvaca.

Luciano, conociendo la ovación de que era objeto, salió sin saludar a las señoras.

—¡Qué le sigan! dijo la madre de Clotilde alarmada con aquella aparición extravagante. Ese buen señor ha perdido la cabeza.

CAPITULO XII.

CORRESPONDENCIA.

—¡El tiempo se ha parado! decía Luciano al anocheecer del mismo día, sentado en su sillón de baqueta: todavía hay crepúsculo: yo creo que el sol se va haciendo viejo y cada vez anda más despacio.

—Tengo necesidad de confundir a mi falso amigo y pedirle estrecha cuenta de estas cartas: es preciso recuperar mi cuerpo aunque haya de hacer un sacrificio. Sólo así puedo salvar a Clotilde... si ya no es tarde.

Y como arrepentido de esta sospecha, dijo en el mismo momento:

—Pero Clotilde es inocente, y sólo a D. Braulio debo dirigir mis acusaciones. Esta impasibilidad del tiempo, cuando quisiera que más se apresurase, me desespera.

—¡Asistirá D. Braulio a mi cita? Era enérgica y terminante, y dado sin embargo. ¿Con qué valor ha de mirarme frente a frente? ¿Tendrá calma para escuchar estas cartas?

Y tomándolas de la mesa, Luciano se engolfó por tercera vez en su lectura.

tiempo que habíamos nacido para querernos, hoy salgo de mi error, antes de tener motivos de arrepentimiento.

Olvídame: yo procuraré hacer lo mismo; despertemos de aquel sueño tan dulce.

CLOTILDE.

—¡Infame! dijo Luciano volviendo a arrugar la carta: ha destruido mi amor desacreditándome. ¿Cómo no había de adivinar Clotilde de un alma vieja y extraña, apoderada de mi cuerpo? Tiene razón: a mi lado hubiera pasado noches enteras como en compañía de un hermano, por ser yo el más interesado en su inocencia.

—Pero D. Braulio ha cometido la falta deliberada y torpemente: la cita no fue casual, sino arrancada por astucia.

—¡Esta carta!... esta carta... añadió después fijándose con ira en la que ocupaba el último término: no me canso de leerla.

«Luciano mío:

Perdona mi arrebató: rompe la carta de ayer, olvida cuanto he dicho y olvídate también tu ofensa.

La vizcondesa ha estado en casa y me ha hecho grandes elogios de tí, en ausencia de mi madre.

¡Esa mujer te quiere! conozco que está celosa, aunque me aconseja que te ame.

Yo no puedo resignarme a abandonar la tu cariño.

Necesito verte, y tiemblo nuestra entrevista.

Sé generoso, Luciano, probándome que tu amor es noble y verdadero.

Tuya, CLOTILDE.

—Tiemblo mi entrevista... repitió Luciano pensativo. ¿Se habrá verificado? ¿Podré creer las respuestas de don Braulio?

Y miró al reloj como queriendo hacer volar al minutero.

Pero al desdoblar el papel maquinalmente, reparó en una postdata escrita a la vuelta, la cual no había leído.

Luciano leyó con avidez el contenido:

«P. D. No quería decírtelo, pero no tengo paciencia para callarlo. ¿Sabes cómo me ha ponderado tu mérito la vizcondesa? Asegurando que te persiguen las mujeres y particularmente una llamada Carlota, mujer de D. Braulio, la cual se atreve a visitarte apesar de tu frialdad y tus desdenes. No lo creo.»

(Se continuará).



DON DOMINGO BOICURIA.

«Luciano:

Empiezo esta carta por donde todas concluyen, es decir, por una despedida: adiós para siempre.

Sólo a tí he querido; creo que no podré olvidarte, y sin embargo, me separo de tí con alegría.

Si a menudo no viese tu cara y escuchase tu voz, juzgaría que eres otro: tal es la variación que noto en tu lenguaje, en tus acciones y en tus ideas.

Antes apasionado, alegre y respetuoso: ahora frío, sarcástico y exigente. Creería que tu corazón estaba herido y que me amabas por venganza.

Desde el día en que me desairaste por Amelia te desconozco; indolente para nuestras entrevistas, siempre sueles estar distraído y taciturno: en lugar de la franca ligereza de tu conversacion, tu lenguaje es reservado y sentencioso.

Una mujer se ha atravesado en nuestro amor para destruirle.

Ya no existe entre nosotros la dulce intimidad y el cariño inocente que nos unía, con el cual podíamos hablarnos a solas sin peligro; ya no me mereces confianza.

Anoche comprendí que era necesario separarnos: tus exigencias me convencieron de que tu cariño ha concluido, y ejerces todavía demasiado dominio sobre mí para que me atreva a arrostrar segunda vez una prueba tan difícil.

Estoy ofendida y no puedo perdonarte. Acaso en otro tiempo hubiera tenido menos valor; pero hoy me siento con fuerzas suficiente para esta separacion que el corazón me dice es necesaria.

Yo no sé qué has hecho de tu alma, pero creo que no es mía; diré más: si piensas en realidad lo que alguna vez dicen tus labios, tu alma ni aun debe ser tuya.

En fin, Luciano, después de haber imaginado tanto

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS, ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

No sólo la Academia Nacional de Nobles Artes de San Fernando ha acudido directamente al Gobierno excitando su patriotismo en pró de la conservación de bellos y antiguos monumentos, sino que ha procurado reanimar ó mantener vivo el espíritu de las comisiones provinciales, que en muchas partes secundan dignamente los estudios y los desvelos de la Corporacion central madrileña. Así, por ejemplo, la Comisión de Avila contestó que afortunadamente no había en todo su distrito edificio alguno notable amenazado de enajenacion ó demolicion; la de Badajoz remitió los planos y una memoria del solar de la casa donde nació Hernán-Cortés en Medellín, y notificó que se trataba de llevar a Portugal un cuadro notable atribuido al célebre Zurbarán; la de Barcelona remitió buenos dibujos acuarelados del monasterio de San Cugat del Vallés y una extensa memoria sobre las mejoras de que es susceptible; la de Ciudad-Real ha promovido la idea de ejecutar las obras necesarias para restaurar y conservar el famoso santuario de Alarcos, y a la de Búrgos se le pasaron comunicaciones con el fin de salvar el ábside y las capillas laterales del convento de San Pablo. La Comisión provincial de Córdoba ha sostenido comunicaciones y correspondencia con la Academia sobre los incidentes de las obras interiores de reparacion de la catedral y sobre las bases reglamentarias que han de regir los Museos provinciales; la de Cuenca consultó sobre la manera de conservar las pinturas, documentos

manuscritos y demás objetos que encierra el convento de Felis, de la orden de Santiago; la de Zaragoza ha dado curiosas noticias sobre el convento de Dominicos y ha relató por la conservación de la famosa Torre Nueva, y otras muchas comisiones han procurado, en fin, conducir á los laudables fines del Instituto artístico de tan útil Corporación. Respecto de oposiciones y concursos artísticos, si bien en el último año académico no se ha celebrado ninguno, han recibido su complemento los de los dos últimos años, aprobándose el cuadro de Nuestra Señora de las Victorias, ejecutado para la iglesia española de Tetuan por D. Francisco de Torres y Arce, conforme el boceto que obtuvo el premio en la oposición verificada al efecto, y se aprobó también el cuadro de la Conversión de San Pablo, destinado á la iglesia española de Damasco, ejecutado también según boceto premiado en concurso por el académico de número D. Carlos Luis de Ribera. Y aun tres nuevos cartones artísticos había preparados, todos de importancia, á saber: el que debía celebrarse para proveer la plaza vacante de primer grabador de la Fábrica Nacional del Sello, el que tiene por objeto la acuñación de una medalla conmemorativa del célebre Convento de Vergara (concurso ya celebrado en 1866), y el que ha de servir para elegir el mejor proyecto de un monumento dedicado á perpetuar la memoria de la victoria conseguida por las armas españolas sobre las francesas en los campos de la Albuera en el año de 1811.

De los trabajos de varias Academias de Medicina pensamos ocuparnos también paulatinamente, como que no dejan de tener un lugar distinguido entre las corporaciones sabias de nuestro país; pero hoy lo verificaremos sólo de las que, por causa incidental, han celebrado en estos días sesiones solemnes. Nos referimos á la Sociedad Hahnemanniana matritense y á la Academia Homeopática española, que para celebrar el 115.º aniversario del natalicio de Samuel Hahnemann, preclaro fundador de la doctrina médica homeopática, han congregado sus individuos de número, sus adeptos y patrocinadores, en hora de tan insigne hombre, el día 10 del pasado abril. Leyó en la primera, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Marqués de Nájera, un razonado e interesante discurso el socio fundador de la misma Sociedad Hahnemanniana D. Antonio Malvey y Plana, tomando por tema: *¿por qué la homeopatía no ocupa en la esfera oficial el lugar que de derecho le corresponde?* Después de probar la existencia de la homeopatía explicando las dosis infinitesimales por medio del dinamismo vital, formulando sinnúmero de razones y experimentos orgánicos, y aduciendo pruebas fisiológicas, toxicológicas y psicológicas, á cuyo terreno científico no nos es dable pasar, termina explicando por qué una ciencia verdadera, clara y positiva, como Dios es la homeopatía, que ha de destruir todas las falsas creencias médicas, no ocupa aún el puesto que la corresponde en la esfera oficial de los estudios académicos. El Sr. Malvey atribuye los obstáculos que ha encontrado en España la homeopatía á la oposición de los partidarios de la antigua medicina; pero manifiesta que no es de extrañar, en el merecido de ser la doctrina homeopática aquella que verdaderamente deberá ser la primera en el mundo, por las excelencias que la constituyen. Todos los grandes inventos, todos los principios más maravillosos, hallan en su origen tenaz oposición, infunden desconfianza, sufren la sátira, el sarcasmo y la calumnia; pero luego aparecen radiantes de gloria y triunfan de las debilidades humanas que querían extinguirlos. Para lograr el triunfo completo de la homeopatía pide sólo el autor del importante discurso inaugural que examinamos, la unión completa en las clases médicas, y el establecimiento inmediato de un hospital clínico y cátedras homeopáticas.

La existencia, sin embargo, de la Academia Homeopática española, prueba que esta unión médica está muy lejos de existir, ni aún entre los mismos admiradores de Hahnemann, pues de lo contrario parece que debía bastar una sola corporación homeopática para sostener y propagar los principios de esta escuela. En la unión se halla la fuerza, como suele decirse; pero ¿qué idea de unión y armonía podrá dar la existencia de dos academias de medicina homeopática en Madrid? No sabemos si en los demás países están más ó menos unidos los médicos homeopatas, aunque es de suponer que la homeopatía habrá hallado en todas partes emulación y contradicciones. Sin embargo, según las noticias que acerca de su desarrollo ha dado recientemente la Academia Homeopática española, la doctrina homeopática hace progresos en los Estados-Unidos de América, en la Gran Bretaña, en Francia, en Portugal, en la India, instalándose en todas partes colegios y hospitales, ménos en España.—Al conmemorar la Academia Homeopática espa-

ñola también el día 10 de Abril último el 115.º aniversario del natalicio de Hahnemann, bajo la presidencia del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Joaquín de Hysern, lo verificó con la lectura de otro no ménos interesante discurso sobre si *la homeopatía es un método expectante, como quisiera suponer sus adversarios*, su autor el doctor D. José de Gorostizaga y Carvajal. Discurso que ha sido publicado en *La Reforma Médica*, periódico oficial de la Academia Homeopática española, y al que se siguió otro improvisado por el señor de Hysern, sobremadura aplaudido. Inútil es añadir que el doctor Gorostizaga se propone demostrar en su interesante discurso, que la homeopatía no es un método expectante.

Pero no sólo demuestra su actividad, su celo é inteligencia las academias médicas homeopáticas; también las alopáticas ó antiguas, si es dable valernos de esta expresión, continúan con entusiasmo sus estudios y trabajos. Sirva de ejemplo la Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona, de cuyas sesiones se publican también actas muy notables, y que contribuye con sus luces á enaltecer la ciencia médica, que tan eminentes profesores ha tenido y tiene siempre en las provincias de Cataluña. No sólo la Academia de Medicina y Cirujía de Barcelona publica importantes memorias, ofrece y reparte premios, aumenta el número de sus consocios con los facultativos más distinguidos de España y del extranjero, sino que desempeña comisiones tan especiales como útiles, emite concienzudos dictámenes, practica visitas y reconocimientos, exámenes y análisis, observa la higiene pública y las condiciones atmosféricas, siguiendo las causas y la estadística de las enfermedades, anotando los casos notables y prestando, en fin, mil otros servicios, todos dignos de su alta reputación científica.

También el Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria viene dando continuadas pruebas de su amor á los adelantos científicos y al progreso humano, celebrando sesiones periódicas y publicando recientemente una revista, que promete ser digna de la reconocida ilustración vascongada. Fácil nos sería presentar á nuestros lectores un ligero bosquejo de los trabajos del Ateneo vitoriano; pero es centro de más porvenir y de más importancia de lo que podría suponerse para que lo dediquemos breves líneas, y como el laudable ejemplo de su actividad podrá servir de estímulo á otras asociaciones literarias, creemos conveniente dar á conocer con extensión su erópica de interesantes deliberaciones científicas. Están convocados los socios del Ateneo de que en tiempos borrascosos hay un santuario donde arde la luz que nos puede iluminar, y que éste es el templo de la ciencia, al que se dirige en medio del flujo y reflujo de teorías y sistemas encontrados, preparando así tranquilo porvenir á las generaciones venideras, haciendo la guerra al error y á la impostura.

—¿Cuál es el medio mejor de resolver la cuestión social?— Hé aquí el tema en cuya discusión el Ateneo de Vitoria ha invertido ya nueve sesiones y aún está sobre la mesa presente á la deliberación de los socios. Todas las opiniones que sobre tan importante y trascendental asunto han surgido en la mente de los sabios de todos tiempos, ansiosos de asentar la sociedad sobre las sólidas bases de la moralidad y de la justicia, se han visto representadas y dignamente sostenidas por los varios socios que han tomado parte en el debate.

«Fundándose en el principio altamente moral de que debemos ser todos para todos, y sustentando que el amor á la especie debe elevarse por encima del amor al individuo y de las aficiones personales, de cuyo interesadas y egoístas, ha creído ver el Sr. Caylá el remedio á los males que la presente sociedad deplora, en la realización de esas bellísimas enseñanzas en que se iniciaron los genios sublimes de Platón, Tomás Moro y Campanella. Baspuesto el interés privado al interés general, subordinada la utilidad del individuo al bien general y á la felicidad de todos, y formada del flujo humano una familia dichosa, íntimamente unida con los tiernos lazos del amor y de la fraternidad, la propiedad quedaría *pro indiviso* y todos por igual serían partícipes de los bienes con que el suelo nos brindara, á muy poco trabajo y en iguales proporciones repartido entre todos los miembros de la comunidad. En campo diametralmente opuesto, el Sr. Brunet encuentra realizado el bello ideal de la felicidad humana en la plena posesión que el individuo ha de obtener de sí mismo, sobreponiéndose á sus pasiones y haciendo uso tan racional de todas sus facultades, que venga á ser completamente innecesaria la institución del poder público. Todos los individuos, sin necesidad de imposición ni de violencia exterior, girarán armónicamente en sus respectivas esferas, con el mismo orden y concierto con que en el espacio recorren los astros la elíptica de sus órbitas. La progresión creciente de las li-

bertades individuales nos conducirá insensiblemente y gradualmente á tan feliz estado; sirviendo el sufragio universal de contador seguro é inflexible que marque los grados de autoridad ó libertad, que el Gobierno debe reservarse ó conceder, hasta la completa anulación de éste, que será á la vez la resolución perfecta del gran problema social. Los Sres. Claramun, Poblacion y Soló, casi de acuerdo entre sí, y con levisimas desviaciones de la teoría que en Francia sostuvieron de Maistre y Bonald, han remontado su espíritu en alas del sentimiento religioso, y han visto la sociedad como una institución divina, regida por leyes inmutables transmitidas por la revelación, en cuyo exacto cumplimiento y rigurosa observancia encontrarán los hombres el bienestar que con tanto anhelo buscan. Como las facultades del hombre son limitadas, así sus derechos deben ser prudentemente restringidos, para evitar que la ignorancia, la osadía, y en general las malas pasiones, ocupen por el sufragio, por la libertad de pensamiento y por el derecho de asociación, el puesto reservado á la virtud y la honradez. Ilustrada la razón del hombre con la luz de la revelación, y mejorado el corazón humano con la práctica de las virtudes evangélicas, la religión cristiana se presenta como la única fórmula propia y capaz de resolver la cuestión social. Observando el Sr. Herran que la vida social se resiste generalmente á la adopción de sistemas exclusivos, se declara partidario del eclecticismo, como única manera viable y práctica de zanjar las diferencias que entre pobres y ricos han venido trabajando desde remotos tiempos la existencia de los pueblos. La igualdad del comunismo, la libertad de los individualistas, el Estado de los socialistas, como órgano del derecho y de la justicia, y el espíritu de amor y de caridad del cristianismo, pensamiento que gráficamente condensaba en su repetida fórmula de un poco de comunismo, algo de socialismo y mucho de individualismo, basado todo en la religión de Cristo, constituyen, á juicio suyo, la norma y la garantía de las relaciones del hombre en la sociedad. El Sr. Croda, después de analizar en el hombre los derechos primitivos, creía que las soluciones comunista y socialista eran opuestas al movimiento libre de los individuos; pues si bien los derechos absolutos necesitan ser expresados por otros contingentes y derivados, á éstos debe concedérselos una esfera de acción que sólo se halle limitada por la que se desenvuelve la actividad de los restantes miembros de la colectividad social. El Estado, cuya misión es el ejercicio del derecho y de la justicia, no debe hacerse sabio, sacerdote, artista ni industrial, porque todos estos ramos deben dejarse á la actividad individual y á las instituciones que se ocupan en la ciencia, el arte, la religión y el comercio; sólo debe suministrar las condiciones exteriores del desenvolvimiento intelectual, moral y físico del hombre, separar obstáculos y venir en su ayuda, pero sin intervenir en el movimiento interno de este desenvolvimiento y mucho ménos en su dirección. Al estudiar detalladamente la cuestión social, que en la fase económica se reduce á saber cuál era la mejor organización del trabajo, se decidía por la libertad, única fórmula tras la cual vendría el arreglo equitativo de la propiedad, el mejoramiento económico y moral de los pueblos, y la separación de los escollos que embarazan la marcha progresiva de la humanidad; y como remedio al pauperismo y demás calamidades que afligen actualmente á los pueblos, presentaba, después de haber combatido el derecho al trabajo, el gran principio de la asociación realizado bajo la forma de sociedades cooperativas. El Sr. Vidal, marcando el doble sentido de las palabras de Cristo, según que hablaba á las edades todas ó se refería á la opinión dominante y al estado de los pueblos en el momento histórico de su predicación, opinó que el cristianismo, cuya continua y benéfica influencia en la sociedad reconocía, no bastaba por sí sólo á resolver la cuestión social, como no basta tampoco por sí sólo á asegurar la cosecha del suelo que conserva constante la frescura de los campos. La doctrina cristiana, dijo, en lo que á la cuestión social concierne, es un ideal de abnegación y desprendimiento, tan elevado y sublime, que nunca la humanidad podrá alcanzarle sin excederse á sí misma y dejar de ser lo que es; y, considerada bajo el punto de vista histórico, es una protesta energética y viva, una reacción saludable, cuya exageración justifica el espantoso gresero materialismo de la antigüedad, que hacía del hombre un objeto de explotación, que vinculaba la desigualdad humana en el sistema absurdo de las castas y que hacía de la riqueza el bien supremo de la vida. Cristo se eleva por encima de las miserias y de las grandezas de este mundo, busca sólo corazones, que desprendiéndose de todo lazo terrenal, lo sigan al reino de Dios, y abandona al empuje del César así la cuestión social como la cuestión política.»

De acuerdo en el resto los Sres. Legórbura, Ruiz y Vidal, vieron en el sistema individualista marcada tendencia al egoísmo a la vez que en el comunista la anulación de la libertad y la actividad del individuo; y queriendo obviar ambas dificultades y siguiendo la ley universal de la armonía en que la unidad y la variedad se resuelven, se declaran partidarios del socialismo, entendiendo bien que el socialismo es el término medio entre los sistemas anteriores, y que tanto se aparta del comunismo, que exagerando la igualdad llega a la confusión, como del individualismo, que a fuerza de ensalzar la libertad viene a dar de lleno en la anarquía. Así entendido, el socialismo es un sistema armónico que entraña en sí las condiciones de desarrollo del ser racional bajo su doble aspecto de *hombre* y de *individuo* y que extiende su influjo bienhechor a todas las instituciones de la sociedad abrazándolas por entero, en lo que tienen de general y humano y en lo que de original y característico presentan. La ciencia, el arte, la industria, la moral, la religión y la política, fines racionales de la vida del hombre, deben organizarse conforme a su naturaleza especial en otras tantas instituciones sociales, que formen una verdadera confederación de Estados ó órdenes independientes en su régimen y vida interior; pero subordinados todos en cuanto a sus relaciones exteriores a un centro común que entre sí los relacione y armonice. Este centro de unidad es el Estado, órgano del derecho y de la justicia, encargado de hacer las leyes, de asegurar su ejecución y de aplicarlas, mediante los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; y como el derecho y la justicia consisten esencialmente en el conjunto de condiciones ó medios necesarios para el cabal cumplimiento del destino humano, el Estado no puede ni debe conservar una actitud puramente negativa, sino que debe influir positiva y directamente para que ninguna asociación moral, política ó económica abuse de su mayor fuerza ó poder, al propio tiempo que proporcionar medios favorables al desarrollo de aquellas que por cualquiera causa se encuentran más débiles ó retrasadas. En la cuestión económica la clase de los obreros se halla en este último caso; y como fuerzas mayores absorben y anulan las menos fuertes, el capital ha de aumentar considerablemente la clase de los brazos y de los asalariados en general, cuya existencia dependerá de los poseedores de las grandes fortunas agrícolas, industriales ó comerciales, constituyendo un nuevo feudalismo del capital y un nuevo vasallaje de la clase obrera. Las sociedades cooperativas son un recurso á que la clase obrera, en el desempleo en que se encuentra, tiene que apelar para no dejarse anegar ó para emanciparse por sí propia; pero es un recurso violento, de resistencia, de hostilidad, que lleva en sí la lucha del trabajo contra el capital, cuando estos dos elementos deben estar unidos en una misma y sola asociación. El Estado debe evitar este antagonismo tomando medidas contra el abuso, y haciendo que la justicia se cumpla lo mismo en los que están interesados mediante el capital, que en los que con su trabajo manual contribuyen al buen éxito de la empresa. Y no puede tenerse extralimitación alguna, porque constituida la sociedad racionalmente, y siendo el Estado expresión genuina de la nación toda, como nacido del sufragio universal y de los derechos del individuo, del municipio y de la provincia, no se concibe que pueda obrar en contra de sí mismo. Fundándose en el mismo principio de justicia, y como derivación del derecho á la vida—para la cual se necesita comer, y para comer trabajar, sostuvieron el derecho al trabajo, pidiéndolo no á los particulares, porque no tienen un deber jurídico ni se les puede imponer la caridad por fuerza, sino al Estado. Opinaron que el derecho al trabajo era justo, porque así como el pueblo defiende y enriquece la nación, ésta, por medio del Estado, que es su representante, debe recomponer sus servicios, si en un momento de necesidad recurre á él; que era humanitario, porque sería cruel sobre toda ponderación que la patria dejase á uno sólo de sus hijos morir de hambre; que era reproductivo, porque el trabajo en obras de utilidad general para el municipio, la provincia y la nación reporta grandes ventajas: que no lastimaba la industria particular, porque no proponiéndose el Estado hacer la competencia, daría jornales bastantes sólo á cubrir las primeras é indispensables necesidades, y en fin, que el derecho al trabajo era una garantía de moralidad y de orden público.

No se han interrumpido por esto, según vemos en el periódico oficial del Ateneo, las lecciones públicas. Don Rafael Sáenz ha continuado sus explicaciones acerca de las *teorías eléctricas*; D. Eduardo Ordoñez, del *crédito en general*; D. Ricardo Arellano, de la *acción del aire sobre los cuerpos*; D. Manuel Arcaña, de las *costumbres de los insectos*; D. Julian Apraiz, de la *historia de la fábala*;

Don Ricardo Becerro, de los *prograsos científicos*; D. Cristóbal Vidal, de la *forma literaria de los refranes castellanos*, y D. Gerónimo Roure ha seguido el curso de *Antropología*, que viene explicando con general aplauso. También se han verificado algunas sesiones de carácter puramente literario, y los Sres. Escalada, Manteli, Buesro, Moreno Rey, Perea y Herran han leído variadas é ingeniosas composiciones poéticas.

De propósito hemos querido dar á conocer á nuestros lectores la crónica de los trabajos del Ateneo vitoriano, porque merecen consideración y aplauso las asociaciones que se proponen despertar en nuestra juventud el adormido amor de las letras y las ciencias, respetando todas las ideas y todos los partidos, y mereciendo el respeto de los hombres de todas clases, porque «sus aulas, lejos de ser estrecho vicio destinado á las aciagas luchas que alteran las conciencias y matan la armonía, han sido tranquila palenque, siempre abierto á todas las ideas y nuevo templo destinado á respetar el pensamiento humano».

FLORENCIO JAXÉR.

DON MANUEL SILVELA.

Consecuentes con el propósito de ofrecer á nuestros lectores los retratos de los hombres ilustres que se han hecho dignos del aprecio y consideración de sus contemporáneos, nos apresuramos á publicar el grabado adjunto que representa á D. Manuel Silvela, una de las eminencias del foro y del Parlamento español.

Jóven aún, ha sabido ya conquistarse envidiable puesto en todos los palenques donde ha luchado, y lo mismo en las letras que en la tribuna acompaña á su nombre el más lisonjero y honroso prestigio.

Don Manuel Silvela nació en París el 9 de marzo de 1830, en el mismo hogar que había presenciado dos años antes la agonía de una de nuestras más brillantes glorias literarias, y en aquella atmósfera que había recogido el último suspiro de D. Leandro Fernández de Moratín, aspiró Silvela ese buen gusto literario y ese delicado aticismo que ha brillado siempre en sus escritos como en sus discursos.

Dedicado á la carrera forense, que terminó de la manera más brillante, supo acompañar sus lauros académicos con los más honrosos triunfos literarios; bajo el anagrama de Velista conquistó desde sus mocedades alta reputación de escritor satírico, y de él dijo el eminente Ventura de la Vega que «estaba llamado á recoger el cetro de la crítica» que se había deslizado de las yertas manos del inmortal Larra.

Pero cuando el consejo de nuestros primeros literatos le impulsaban por ese camino, y cuando el aprecio y el aplauso del público le acompañaban por él, circunstancias especiales, su afición á los estudios serios y su modestia excesiva le apartaron de esa carrera, que fué para él tan breve como gloriosa, y que no terminó sin que nos dejase una obra, modelo de castiza dición, ático estilo y chispeante gracejo, que constituye un libro de lectura en extremo amena y agradable.

En muy poco tiempo llegó á ser uno de los primeros abogados de Madrid, y su despacho gozaba general y merecida estimación, cuando la policía, que atrae en nuestro país todas las reputaciones y absorbe tras de sí las inteligencias más privilegiadas, le arrastró en su vertiginoso torbellino lanzándole en un nuevo campo, donde pudo lucir sus méritos en más extenso horizonte y con más ruidoso aplauso.

Sus notables discursos le dieron desde luego un puesto de primera línea entre nuestros oradores parlamentarios, y habiendo firmado con otros muchos diputados unionistas aquella célebre exposición que fué el primer paso que dió el partido liberal conservador en el camino de la Revolución de Setiembre, fué desterrado.

Elegido representante por la provincia de Ávila en estas Cortes Constituyentes, formó parte de la comisión constitucional, defendiendo el principio monárquico con extraordinaria elocuencia y gran fortuna en una de las sesiones más memorables. Después de haber obtenido varios puestos de gran importancia, ha desempeñado durante algún tiempo el ministerio de Estado, dejando un buen recuerdo de su paso por el poder, sin haber merecido acres censuras ni aun de sus más ardientes adversarios.

Don Manuel Silvela ha desollado siempre en cuantas empresas ha acometido, y es uno de los pocos hombres políticos que no tiene enemigos, y goza de la completa estimación de todos los hombres honrados.

H.

EL TENIENTE GENERAL DON ANTONIO CABALLERO DE TUDAS.

Nadie que haya seguido, siquiera sea de lejos, la marcha de los acontecimientos en nuestro país durante la época actual, desconoce la historia militar y política del importante personaje cuyo retrato ocupa hoy una de las páginas de LA ILUSTRACION.

Durante la guerra civil, en la cual y antes de conseguir el grado de capitán de Estado Mayor, se encontró en treinta y cinco acciones de guerra y sitios de plazas; en el alzamiento nacional de 1864, donde ya comenzó á dar muestra de sus opiniones políticas; en la guerra de África, cuyas acciones ilustró con altos hechos hijos del arrojo y la pericia militar que le son peculiares; en el primer período de la Revolución de Setiembre, ocasión propicia para poner de relieve las extraordinarias condiciones de carácter y valor que le adornan; en cuantas ocasiones se ha visto ligado á los grandes acontecimientos de su época, se ha dibujado su figura con acento tan marcado y propio, que nosotros no podríamos con la pluma añadirle ni un rasgo más.

Encargado en la actualidad de una misión tan patriótica como difícil, cuantos le conocen y aprecian en lo que valen sus grandes condiciones de hombre de mundo y militar perito en el arte de la guerra, esperan que ha de añadir muy en breve á los títulos que ya le han granjeado la admiración y el aprecio de sus conciudadanos, el de *pacificador de Cuba* y conservador de la honra y la integridad de España.

MONUMENTO ERIGIDO EN BILBAO.

PARA PERPETUAR LA MEMORIA DE SUS HEROICAS DEFENSAS DURANTE LA ÚLTIMA GUERRA DINÁSTICA.

Durante la guerra dinástica española de 1833 á 1839 sufrió Bilbao, importante villa comercial del Norte de la península, tres terribles asedios del ejército carlista. En estos sitios rayó á grande altura el heroísmo de los habitantes de la rica é industrial capital de Vizcaya; no fue ménos generoso el esfuerzo de las tropas de la guarnición que mandaron en 1835 el general conde de Mirasol y en 1836 el general D. Santos San Miguel, y la bravura y el arrojo del ejército del Norte que, bajo las órdenes del victorioso general Espartero, el caudillo más respetable de España, salvó á la villa, ya grandemente angustiada.

La marina inglesa, cooperando con la española, contribuyó poderosamente al brillante triunfo de las armas constitucionales en 24 de diciembre de 1837.

Para consagrar y perpetuar la memoria de la defensa y salvación de Bilbao se ha erigido un monumento en el Campo Santo (cementerio de aquella villa).

El acto de la inauguración tuvo lugar con toda solemnidad y pompa el 24 de mayo de este año, á las once de la mañana, asistiendo las autoridades populares, militares y eclesiásticas, cónsules extranjeros, corporaciones, voluntarios de la Libertad, antiguos individuos de la Guardia Nacional, etc., etc.

Después de descorrido el velo que cubría el monumento, el Sr. Alcalde de la villa pronunció una breve y expresiva arenga y luego se depositaron muchas y magníficas coronas sobre el zócalo del panteón.

Un eminente sacerdote y pensador, D. Fernando de Castro, rector de la primera Universidad de España, pronunció una notable oración fúnebre de los héroes de la guerra civil, inspirándose en un texto de los Macabeos.

Una brillante brigada de tropas bajo el mando del brigadier Palacios concurrió á aumentar la animación y el esplendor de la fiesta.

La estatua y los leones del panteón son obra de un escultor de mérito que ha muerto recientemente en Madrid, el Sr. Bellver, y demuestra el talento artístico que poseía.

Los grabados que publicamos representan el monumento y uno de los más notables actos de la inauguración.

CIRCO DE MADRID.

DECORACION Y ESCENA DEL PRIMER ACTO DE «MIGNON».

No es preciso ser muy viejo para recordar la época en que nuestros teatros no tenían, por todo recurso de aparato escénico, más que la consabida baraja de decoraciones de *palacio*, *calle corta*, *casa pobre* y *selva*, con tres ó cuatro trastos sueltos para transformaciones tan inocentes como la de la *Patru de cava* ó los *Polvos de la*

madre Celestina. Sobre este obligado fondo habian de destacarse las figuras de los actores cuyo exiguo guardaropa inventari6 con tanta gracia el inimitable Figaro en uno de sus mejores articulos.

Cierto es que con tan pobres recursos todavia encontraba el arte medios suficientes para cautivar el auditorio, y los tiempos de Maiquez, Latorre y Romea seran siempre memorables para los amantes de la escena española. ¿Pero qué mucho que la musa trágica y cómica se dignaran descender al templo donde se les rendia culto con fé, ya que no con ostentoso aparato, si sobre cuatro tablas y al aire libre naci6 el teatro de Lope y Calder6n y las tragedias de Shaskpeare se representaron teniendo que decir en un cartel al comenzar cada uno de sus actos: *Este es el foro de Roma, el castillo de Elbingor 6 una plaza de Venecia?* Lo que faltaba al artificio escénico lo suplian la potencia de la creacion, el talento de los intérpretes y el entusiasmo del público.

Al llegar á un período de decadencia para el teatro y no local, sino que en mayor 6 menor escala se advierte en toda Europa, lo accesorio se ha sobrepuesto á lo sustancial, y las otras artes que sólo debian concurrir como auxiliares á realzar la concepcion del poeta, procuran vestir de hermosas apariencias el esqueleto de las modernas producciones. Algo es algo. En Francia muy particularmente alcanzan gran éxito, y no sin razon, obras cuyo principal mérito consiste en la profusion y bondad de las decoraciones, la propiedad y el lujo de los trages, y el número y la belleza de los figurantes. Ni tampoco en los teatros de Alemania 6 Inglaterra, donde poco notable se produce actualmente, desdeñan estos poderosos recursos para atraer la multitud y conquistar su favor.

En nuestro país, despues de flotar algun tiempo en el limbo, despues de componernos del mejor modo que nos ha sido posible para tener teatro, resolviendo el difícil problema de interesar al público, sin obras de importancia, sin actores notables y sin aparato escénico, comenzamos á sentirnos arrastrados por la corriente general, exigiendo también que al menos ya que no nos hablen al corazon, nos hablen á los ojos. Algo es algo, dijimos más arriba, al apuntar ligeramente el carácter del movimiento que se observa en la escena de otras naciones. Y, en efecto, por todos los sentidos se llega á la inteligencia: una obra artísticamente decorada y vestida con la propiedad y lujo de detalles propios de un lugar ó una época precisa, es casi una leccion de historia, de arqueología 6 idumentaria. Además, el espectáculo de lo bello, en cualquier forma que se presente, levanta la mente á nobles aspiraciones. Yo, que profeso esta teoría, creo de todas veras que una mujer hermosa civiliza tanto como un libro. Sin querer, al contemplarla, se buscan sus afinidades, y se encuentra al cabo que la virtud es en el órden moral lo que en el físico la hermosura. Justo es por lo tanto que procuremos animar á las empresas que comienzan á considerar las especulaciones teatrales bajo este punto de vista.

Al hacerse la revolucion en el sentido indicado, el teatro de la Opera italiana rompi6 la marcha. Todavía nuestra escena nacional se mantenía firme en sus trece de la selva con follaje de verde de ventanas, su casa pobre con la consabida estampa pegada en la pared, y sus aristócratas invitados á los grandes bailes, con guantes blancos de hilo y manos que recordaban los que abren las portezuelas de los coches, cuando ya las obras de algunos maestros inmortales se habian visto exornadas de grande aparato en el coliseo de la plaza de Oriente. Aun despues de haber perdido el nombre, nuestros clásicos corrales de las comedias se han resistido heroicamente á perder los hábitos y la hechura. Poco á poco las exigencias del público, la iniciativa de algunos inteligentes actores y las condiciones de artistas que realmente conocen el arte, en cuanto se relaciona con la pintura escénica, han cambiado la fisonomía de nuestros teatros, ya exornando la sala con adornos y techos de color y gusto en armonía con su destino, ya dando nuevo interés á la escena, merced á las decoraciones, la propiedad y la elegancia en los trages y el escrupuloso estudio de los accesorios.

Larga tarea sería enumerar cuanto se ha hecho en este camino con más ó menos resultado; hoy sólo cumplo á mi propósito decir algunas palabras acerca del nuevo teatro establecido en el Circo de Madrid, cuyo activo é inteligente empresario y dueño, así sabe presentarlo al público como brillante hipódromo, como salon de conciertos, ó finalmente, transformado en elegante y fresco teatro de verano, destinado á dar á conocer al público de Madrid las mejores producciones de la ópera cómica francesa, exornadas con el aparato y el lujo que son en París uno de sus rasgos más característicos.

Secundado en esta empresa por los pintores escen6grafos, Sres. Ferri y Busato, cuyas obras se han aplaudido ya tantas veces, y habiendo tomado á su cargo la parte de composicion y figuras que exornan la sala un artista tan reputado é inteligente como el Sr. Vallejo, no hay para qué decir que el Sr. Rivas ha conseguido lo que deseaba.

Los criticos musicales podran discutir acerca del mérito respectivo de los cantantes que forman la compañía; el público podrá dividirse en encontrados pareceres sobre la oportunidad de este ó aquel género importado de la nacion vecina; pero todos convendrán en aplaudir el esfuerzo hecho para presensar la ópera francesa con condiciones dignas de un público ilustrado y de buen gusto, admirando muy particularmente las decoraciones que en la *Bella Elena*, los *Mosqueteros de la Reina* y últimamente en *Mignon*, hubieran bastado á conquistarle al Sr. Ferri un alto puesto entre los pintores escen6grafos de primera línea, si ya no se le hubieran alcanzado las muestras de fecundidad y talento que ha dado en obras anteriores.

B.

DON DOMINGO GOICURÍA.

El telégrafo primero, y más tarde los periódicos de la isla, han dado extensos detalles acerca de la ejecucion del desgraciado D. Domingo Goicuría, titulado general de los insurrectos de Cuba.

Al ofrecer á nuestros habituales lectores el retrato de esta infeliz, víctima de la alucinacion producida por sus ideas contrarias á la integridad y la honra de la patria, que debia considerar suya, no dejaremos pasar la ocasion de unir nuestros votos á los de los infinitos españoles que ardientemente ansían la terminacion de una lucha entre hermanos, en la cual los mismos triunfos deben llenar el corazon de luto y duelo.

EL GENERAL CLAVIJO.

Don Rafael Clavijo y Pl6 naci6 en Canarias el año de 1807, entrando en la carrera militar en el de 1824; su aficion al estudio y clara inteligencia inclinaron su ánimo, decidiéndose á ingresar en el cuerpo de Ingenieros del ejército, en el cual, y previos los estudios necesarios, tom6 puesto como teniente el día 4 de noviembre de 1836. Destinado á la 5.ª compañía del 2.º batallon, tom6 parte en todas las acciones y trabajos del Instituto en que éste se hall6, ascendiendo á capitán del cuerpo en 31 de agosto de 1838. Terminada la guerra civil vino á Madrid con el regimiento, pasando al poco tiempo á

la Academia Especial del Cuerpo como profesor de Geometría descriptiva y Topografía; allí continu6 sus servicios, entre los cuales merece especial mención el haber escrito y publicado en 1851 un precioso tratado de Topografía del que se han hecho varias ediciones y que aun sirve de texto en aquella escuela; en ella ascendió á comandante y teniente coronel, pasando en diciembre de 1854 á Puerto-Rico de comandante exento, y de allí á Cuba de director-subspector de ingenieros, ascendiendo á mariscal de campo en 6 de noviembre de 1865.

Militar valiente y hombre de ciencia, adornan su pecho numerosas cruces ganadas sobre el campo de batalla ó difundiendo la ciencia entre sus jóvenes discípulos. Al estallar la tristemente célebre insurreccion de la Yara, fué nombrado inspector general de los voluntarios de Cuba, cuya organizacion ha dirigido con el tacto y conocimientos que le distinguen, captándose las simpatías de los habitantes de aquella isla y el agradecimiento de los de la metrópoli.

Nosotros, el último de sus discípulos, aprovechamos con gusto esta ocasion de encomiar con justicia al que, además de maestro, ha sido para nosotros jefe recto, amigo cariñoso y leal compañero.

L. DE MARIÁTEGUI.

SECRETO DE MUERTE.

De una pena el dolor fiero
A la muerte me condena,
Debiendo callar mi pena
Y disimular que muero.
Y, para aumento de enojos,
En esta pelea ruda,
Ha de estar la lengua muda
Y mudos también los ojos;
Tanto que, porque no quepa
Que amor descubra sus tiros,
Hasta ella ahogar mis suspiros,
Porque el viento no los sepa.
Debiendo, en esta ocasion,
Para mayor sufrimiento,
Ignorar el pensamiento
Lo que sabe el corazon.
Ya, pues, que al mal en que vivo
No hay un remedio que acierte,
Dáme mi dolor la muerte,
Y nadie sepa el motivo.

JULIO MONREAL.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

BASES DE LA PUBLICACION.

LA ILUSTRACION DE MADRID se publica los días 12 y 27 de cada mes.

Cada número consta de 16 páginas, con grabados exclusivamente españoles, intercalados en el texto.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Tres meses 24 reales.
Medio año 42 "
Un año 80 "

EN PROVINCIAS.

Tres meses 30 "
Seis meses 54 "
Un año 100 "

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año 85 "
Un año 160 "

AMÉRICA Y ASIA.

Un año 240 "
Cada número suelto en Madrid 4 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Oficinas, Plaza de Matute, núm. 5; Tabacaría de las Cuatro Calles, librerías de Escribano, Sanchez Rubio, Durán, San Martín, Gaspar y Roig y almacén de papel de Barrio, Corredera Baja, núm. 30.
PROVINCIAS.—En las principales librerías.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

A los que se suscriban á LA ILUSTRACION y á EL IMPARCIAL, se les hará una rebaja importante con arreglo á la tarifa siguiente:

EN MADRID.

Tres meses las dos publicaciones 28 reales.
Medio año 52 "
Un año 100 "

EN PROVINCIAS.

Tres meses 30 "
Medio año 54 "
Un año 100 "

CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.

Medio año 80 "
Un año 160 "

NOTA. No se servirá suscripcion alguna cuyo pago no se haya anticipado en metálico ó sellos de correos.
Agente exclusivo en las islas de Cuba y Puerto-Rico, la empresa de *La Propaganda Literaria*.